

COMEDIA FAMOSA.
**MENTIR, Y MUDARSE
 A UN TIEMPO,**
EL MENTIROSO EN LA CORTE.

De Don Diego, y Don Joseph de Figueròda y Cordova.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

<i>Don Diego.</i>	** <i>Doña Isabèl.</i>	** <i>Moscon, gracioso.</i>	** <i>Inès, criada.</i>
<i>Don Luis.</i>	** <i>Don Pedro, viejo.</i>	** <i>Luisa, criada.</i>	** <i>Don Mozos de Silla.</i>
<i>Don Juan.</i>	** <i>Doña Juana.</i>	** <i>Fabio, criado.</i>	** <i>Musica.</i>

JORNADA PRIMERA.

Sale Don Diego, y Moscon de camino.

Dieg. **G**racias à Dios, que llegamos.

Mosc. Quatro mil gracias le doy.

Dieg. Rendido, Moscon, estoy.

Mosc. Desde Olmedo caminamos

veinte y cinco leguas fieras:

mal huviesse el majadero,

que fue el inventor primero

de postas, y de carreras.

Ya estàs en Madrid, en fin:

no diràs con què intencion

despediste al Postillon,

tu quartago, y mi rocín?

Y misterioso, y pausado

vienes por el Parque ahora

subiendo àcia la Priora?

Dieg. Ya al sitio havemos llegado

del Prado Nuevo, à quien riega

sus apacibles distritos

la fuente de Leganitos.

Mosc. La fama, que es andariega,

piadosa, y caritativa,

le aplaude por varios modos,

aunque su alabanza à todos

se les hace cuesta arriba.

Dieg. Ahora decitte intento

mi pensamiento, que ha estado

oculto. *Mosc.* Nunca à un barbadó

le digas tu pensamiento.

Dieg. Oye.

Hablan à parte Don Diego, y Moscon,

y sale por un lado Don Juan.

Juan. A este sitio he venido,

por ver mi cuidado en èl,

si la divina Isabèl

con su pie le ha florecido;

que como en tiernos primores

le pisen sus plantas bellas,

logrará el Prado en Estrellas

el imperio de sus flores.

A

Mas



Mas no es Don Diego de Luna
el que miro?

Miranse.

Dieg. O yo me engaño,
ó este es Don Juan de Avendaño.

Juan. Don Diego? *Dieg.* Ya la fortuna
en sus brazos me recibe,
pues haviendoos encontrado
mis dichas ha asegurado.

Juan. Y ya en ellos apercibe
mi amistad la confianza,
con que à deciros me obligo;
que soy vuestro fiel amigo.

Dieg. Nunca dudó mi esperanza
vuestra fe , porque en mi pecho
teneis el mismo lugar.

Mosc. Yo tambien te he de abrazar.

Juan. Moscon, muy hombre te has hecho.

Mosc. D. spues sabrás cosas grandes.

Juan. Desde que à Flandes partisteis
sola una vez me escrivisteis.

Mosc. No hubo mas lugar en Flandes,
que de aprender el lenguaje
del País , y el que la guerra
en sus terminos encierra,

llamando al hurtar pillage;

à la presa , contradique;

à la manteca , butiro;

à la almena , casamuro;

à los Lugares , Matrique;

Bulburque , Brujas , Dunquerque;

Lobayna , Ostende , Malinas;

à las montañas , colinas;

à las tapias , onaberge;

y en fin , para con destreza

beber cerbeza sin daños,

que son menester diez años

para entrar en la cabeza;

nos ofuscamos de modo,

que en aquesto consumimos

el tiempo que alli estuvimos;

y aun no lo aprendimos todo.

Juan. Aun te dura el buen humor?

Mosc. Si señor , que de esta suerte
doy tres higas à la muerte;
y me río del Doctor;
que el que vive sin ninguna
pena , ambicion , ni querellas,
se burla de las Estrellas,

y gobierna à la fortuna.

Juan. Bien dices, que el que en su estado;

ni embidiado , ni embidioso

vive contento , es dichoso:

mas dexando aquesto à un lado;

saber la ocasion pretendo,

que tan presto de la guerra

de Flandes así os destierra.

Dieg. Escuchadla. *Juan.* Ya os atiende.

Dieg. Bien os acordais , Don Juan,

de aquel venturoso tiempo,

en que nuestros corazones,

con un nudo tan estrecho,

vincularon el cariño,

que reduxo nuestro afecto

à una voluntad dos vidas,

dos motivos à un intento,

à un pecho dos corazones,

y dos almas à un deseo.

Ya os acordaréis tambien

de aquel lance , en que mi azero

(que las mas veces se forman

del acaso los empeños)

hirió à aquel hombre en el Prado;

porque arrogante , y soberbio,

quiso apartarme de un coche,

donde feríaba el intento

de ver el rostro à una dama,

à un aparente cortejo,

que sin saberlo el cariño,

le suele afectar el ruego.

Juan. Ya todo el suceso supe;

y que en esse tiempo mesmo,

por huir de la justicia,

que buscaba con desvelo

al agressor , os partisteis

havrà dos años , y medio,

sin gusto de vuestro padre,

que nunca supo este empeño,

à Flandes. *Dieg.* Oid ahora

lo que falta del suceso.

Embarcado en un Navio,

monstruo de dos elementos,

que al ayre rompe acia fuera,

y el agua corta acia dentro,

surquè del mar los crystales,

y lleguè à Flandes à tiempo

que el Rey de Francia , en persona

abra-

abrafando, y destruyendo
 el fertil País de Henao,
 con un campo, en que se vieron
 llenos de plumas, y galas
 treinta mil Soldados vi-jos,
 puso sitio à Valencianes,
 Plaza donde obrò el diseño,
 al fortificar sus muros,
 tan Militares acierros,
 que se adelantò en el arte
 la execucion al intento.
 Llegò la nueva à Bruselas
 del sitio; y aquel Mancebo
 generoso, aquel prodigio
 de la guerra, cuyo esfuerzo
 en immortales Archivos
 vincula la fama al tiempo;
 el señor Don Juan, en fin,
 que solo su nombre excelsa
 puede epilogar sus glorias
 Coronista de si mismo:
 viendo que aquella Provincia
 se aventuraba, perdiendo
 la Plaza, juntò sus Tropas,
 y ya arreftado al empeño
 de socorrerla en persona,
 haciendo lisonja al riesgo,
 salió à campaña; y fiando
 de aquella faccion el peso
 al de Condè, y Carazena,
 Capitanes, à quien dierón
 tan repetidos laureles,
 la fama, el valor, y el tiempo.
 Formò el Campo, en Militares
 Esquadrone, dividiendo
 el Exercito en tres trozos,
 y encargò el uno; mas esto
 ya os lo havrà dicho la fama,
 y juntamente aquel pliego
 que escrivi, dandoos aviso,
 Don Juan, del mayor suceso,
 que las Armas de Filipo,
 Sol de España, y Señor nuestro,
 en esta edad han tenido;
 donde iguales se excedieron,
 sin deber nada à la dicha,
 el valor, con el ingenio.
 Basta saber, que el contrario

Campo, derrotado al fiero
 choque de nuestros Leones,
 sus Esquadrone deshechos,
 retirado el Rey de Francia
 de su gente, prisioneros
 dos Generales, entradas
 sus trincheras, y en efecto,
 ganada su Artilleria,
 tiendas, bagage, y pertrechos
 de guerra, quedò la Plaza
 socorrida, y en eternos
 bronce, el nombre esculpido
 de los tres; pues los tres fueron
 los primeros al peligro.
 Digalo el humor sangriento,
 que vertieron sus heridas,
 purpúreo heroyco trofeo,
 que rubricò sus victorias
 en los Ana'es del tiempo.
 Esto supuesto, dexando
 aquel famoso suceso
 de la siguiente Campaña,
 ya le sabreis, no lo cuento;
 el socorro de Cambray:
 Digo, en fin, que un Estrangero
 Capitan Italiano,
 como siempre han sido opuestos
 à la Nacion Española,
 dixo, arrogante, y sobervio,
 que à su Nacion le debía
 la gloria, el lauro, y el premio
 de aquella faccion. Yo entonces,
 tocandome ya el empeño
 por mi patria, le respondo:
 De vuestra Nacion, confieso,
 que en la Militar Escuela
 ha sido siempre un espejo,
 donde se mira el valor;
 pero con España fueron
 ociosas las competencias,
 quando tan vivos exemplos,
 ya de antiguas tradiciones,
 y ya acafos de modernos,
 la dà el laurel sagrado,
 por primera, en el manejo
 de las armas. Replicòme:
 y ya encendido en su pecho
 el odio, y en mi la ira,

llegamos à los azeros,
de las palabras; si bien
mas dichoso mi ardimiento,
que su arrogancia, le hizo
medir una punta el suelo.
Murió, en fin; y aquella noche,
fiando à su manto negro
mi vida, por desusadas
sendas, y rumbos inciertos,
llegué al mar, à tiempo que
daba las velas al viento
un Navio para España;
embarquème, y su elemento,
blandamente favorable,
sin oposicion del tiempo,
me conduxo à la Coruña:
parto à Madrid, donde llego
à tiempo que la fortuna
me avisa, Don Juan, al veros,
que ya acabaron mis ansias,
mis disgustos, mis empeños,
mis dudas, y mis pesares;
pues todo cessa, teniendo
de mi parte la fineza
de amigo tan verdadero.

Juan. Vos seais muy bien venido;
que ya en vuestra Patria, el riesgo
de aqueste lance, es ninguno:
y porque el señor Don Pedro
tenga tan alegres nuevas,
con vuestra licencia quiero
adelantarme. *Dieg.* Esperad,
que por ahora no intento
ir en casa de mi padre,
hasta averiguar primero
con qué semblante recibe
mis travesuras, supuesto
que por ellas, sin su gusto,
me parti à Flandes, y buelvo
tambien sin su gusto ahora;
y así unos dias pretendo
estár oculto, entre tanto
que solicite algun medio
para bolver à su gracia
mi obediencia.

Juan. Pues Don Diego
si no vais à vuestra casa,
fuera agravio manifesto

no serviros de la mia:
en ella estareis el tiempo
que gustaredes. *Dieg.* Amigo;
yo de vuestro noble pecho
aqueste favor admito,
porque brevemente espero
no cansaros.

Juan. Vive Dios, ^{ap.}
que ofrecí de cumplimiento
mi casa, y él la ha aceptado:
y hospedarlo será yerro,
teniendo en ella una hermana
moza, y por casar; mas esto
remediarlo determino.
Puesto que honrais mis deseos
favoreciendo mi casa, ^{à él.}
iré à prevenirla luego:
y por escusar el lance
de que nadie os vea, siendo
tan conocido en Madrid,
ni sepa el señor Don Pedro
vuestra venida, podeis
retiraros, y en lo espeso
del Parque aguardar la noche;
mientras yo à buscaros buelvo
para llevaros conmigo.

Dieg. Ya fuera, Don Juan, excessivo
costaros tanto cuidado;
donde vivís? *Juan.* No está lexos;
en la calle del Relox,
casas de Don Luis Pacheco,
como entraís, à mano izquierda;
à tres casas. *Dieg.* Al momento
que anochezca iré à buscaros.

Juan. Pues allá, amigo, os espero.

Dieg. Id con Dios.

Juan. El Cielo os guarde.

Pondré su quarto tan lexos ^{ap.}
de Doña Juana mi hermana,
que cumpla, advertido, y cuerdo,
à un tiempo con su decoro,
y la amitald de Don Diego. ^{vase.}

Mosc. Dicha fue hallar à Don Juan,
en ocasion que podemos
estár en su casa ocultos.

Di g. Es amigo verdadero
desde nuestra edad primera,
quando, como sabes, ciegos

en

en la juventud, y el ocio
no dispensò nuestro aliento,
ni los empeños de Marte,
ni las delicias de Venus.

Mosc. Ya me acuerdo, señor mio,
de esse tiempo; y ya me acuerdo
de que tu, por influencia
de algun Planeta moñero,
ò de algun Astro gran Turco,
que influyò en tu nacimiento,
naciste tan divertido,
tan antojadizo, y tierno,
que quantas vès, tantas quieres,
sin reparar tus deseos
en edad, talle, ni cara;
tanto, que te ví muy tierno
enamorar à una zurda;
y otra vez (aun mas fue esto)
à cierta Dueña passante
de sesenta, punto menos,
que castigò tu mal gusto
pidiendote en casamiento.

Dieg. Moscon, essa propiedad,
aun mas que por vituperio,
la tengo por alabanza;
pues burlando los estremos
de amor, y su tyrania,
doy à mi cuidado un medio,
donde la comodidad
nunca aventura el sosiego.

Mosc. Y di, como has de salvarme,
(perdona, si te reprehendo
tus descuidos) la fustilla
de mentir con tal exceso,
que una verdad en tu boca,
siquiera de cumplimiento,
jamàs la es ucho, hasta el nombre
mudas, sin venir à pelo,
con quantas mugeres hablas;
yo te ví en tres galantèos,
que à un tiempo tuviste en Flandes,
llamarte Don Blàs, Don Mendo,
y Don Ramiro.

Dieg. Moscon,
contar con destreza un cuento,
y usar una fulleria
en la ocasion el ingenio,
es discrecion,

Dentro Doña Isàbel.

Isab. Pàra, pàra,
que en el crystal lisonjero,
que aquesta fuente tributa,
pues està solo este puesto,
quiero divertirme un rato.

Mosc. Mugeres son.

Dieg. Ya lo veo.

Mosc. Ya se apean, y à este sitio
llegan.

Sale Doña Isàbel, è Inès con mantos.

Isab. Què apacible, y fresco
està el Prado Nuevo, Inès.

Inès. Aqui divertir podemos
lo que falta de la tarde,
que Don Luis tu hermano, entiendo;
(pues en todas partes se halla)
divertido con el juego,
no viene hasta muy de noche.

Isab. No le dixiste al cochero
que se fuesse? *Inès.* Si señora,
que fuera notable yerro,
siendo el coche conocido,
detenerle aqui, viviendo
las dos tan cerca. *Dieg.* Què dices
de aquel talle? *Mosc.* Que te veo,
mi Don Diego, con impulsos
de llegar, y poner cerco
à aquella Plaza. *Dieg.* Por Dios,
que su donayre me ha muerto:
què ayrosa muger, Moscon!

Mosc. No lo dixes yo? apostemos,
que ya te mueres por ella?

Dieg. Què quieres? no soy de yerro,
ni de bronce.

Mosc. Llega à hablarla,
pues la soledad, y el tiempo
te brindan con la ocasion.

Isab. Tapate, Inès, que no quiero
que nos conozcan.

Mosc. Señores,
atencion, que aquesto mesmo
harà mi amo con todas
las que aqui fueren viniendo.

Llegan los dos.

Dieg. Bello enigma, que el nublado
de esse manto ha obscurecido,
para hechizo del sentido,
para

para riesgo del cuidado:
en vano habeis ocultado
lo que en mí se se asegura,
que como el alma es tan pura,
y al veros me dexò en calma,
ya por los ojos del alma
contemplo vuestra hermosura.

Esse embarazo grossero,
quedensia nubes os oculta,
el passo que os dificulta,
so descubre lisonjero,
que como el Sol:— *Isab.* Cavallero
elegante, culto, y sabio,
que haciendole al alma agravio,
muy falso, y muy satisfecho,
fiais la razon del pecho
de la erudicion del labio:
id con Dios, y esse concepto
del Alva, el Sol, y el nublado,
que traes bien estudiado,
guardad para otro sugeto,
que aqui de ningun efecto
os ha de ser la porfia.

Dieg. Culpa obedecer seria,
aunque arriesgue el enojaros,
que ofenderos por amaros
no estraga la cortesia;
yo os adoro desde el punto
que os vi, y tan muerto:—

Isab. Esperad,
que se me hace novedad,
que me requiebre un difunto.

Dieg. Divino hermoso trasumpto
del Sol. *Isab.* Dexad las quimeras,
que esse Planeta en esferas
de luz, brillando reflexos,
de aqui està ahora muy lexos.

Dieg. Que assi os butleis de las veras
de mi amor!

Isab. Luego inducido
de tan repetido encanto,
como por brújula el manto
en vuestra fè introducido,
me amais constante, y rendido?

Dieg. Assi es; porque sin miraros
lean indicios mas claros
de afectos tan verdaderos,
adoraros, para veros,

que veros, para adoraros.

Isab. Amor firme nunca emprende
fantasias, que el perfecto
amor crece en el objeto.

Dieg. Amor en lo que aprehende
se forma, y tal vez se enciendo
su llama sin eleccion.

Isab. Amor, que funda en razon
su desvelo, y su fineza,
como vive en la firmeza
no cabe en una ilusion:
luego esse afecto ha nacido
de un antojo, que ha formado
la ocasion, sin el cuidado.

Dieg. En el alma he discurreido
vuestra hermosura, ella ha sido
quien revelò al pensamiento
su perfeccion. *Isab.* Y si atento
os passais, desde essa idea
à verme, y me hallais muy fea?

Dieg. Vuestro raro entendimiento
amara. *Isab.* Ya confessais
ser engaño el que emprendeis,
pues ignorais lo que veis,
y no veis lo que ignorais.

Mosc. Y vos, Madama, no hablais
à un Soldado, que ha venido
de Flandes muy derretido
solo à veros? *Inès.* Trae dinero?

Mosc. No traygo; mas darte quiero:—

Inès. Què? *Mosc.* Un consejo.

Inès. Solo pido
doblonos. *Mosc.* Si esse metal
te inclina, apacible, y blando,
niña, ya estoy acabando,
la piedra filosofal.

Dieg. Mi fè os adora immortal,
y dularlo es ofenderme;
quando al Sol pude at everme?

Isab. Porque vuestra fè me assombre,
decid quien sois; sepa el nombre
de quien me quiere sin verme
tan fino, amante, y galan.

Dieg. Negarlo fuera delito,
yo me llamo Don Benito
Perez. *Inès.* Perez de Gizonan?

Mosc. No, Reyna; por San Millan,
que no puede irse à la mano

en

en mentir. *Inès.* Benito è es llano, que el hombre no es Cavallero, así se llama el cochero de casa; pero tu hermano, señora.

Isab. Valgame el Cielo! quedad con Dios, porque es fuerza ausentarme; Cavallero.

Dieg. Sirviendoos iré. *Inès.* Que llega.

Isab. No es posible, antes os pido, que aquí os quedeis; y si intenta aquel hidalgo seguirme, le detengáis, que se arriesga en ello mi honor, y vida.

Dieg. Así lo haré. *Isab.* Pues tan cerca está nuestra casa, *Inès,* podemos entrar en ella por la puerta del jardín.

Vanse Doña Isabél, è Inès por una puerta, y por otra salen Don Luis, y Fabio, criado.

Luis. Vive Dios, que mi sospecha se aumenta con el recato de las tapadas, que al verlas, mi hermana Doña Isabél me ha parecido una de ellas. Seguirélas. *Detenetele.*

Dieg. Ya es preciso detenerle; así lo ordena mi industria: señor Don Lope de Lara, escuchad. *Luis.* Advierta vuestro engaño, que no soy el que pensáis. *Dieg.* Por las señas me engañé. *Mosc.* Bolved: no vi cosa que así le parezca.

Luis. Quedad con Dios, Cavallero.

Dieg. Esperad. *Luis.* Voy tan de prisa, que no puedo. *Dieg.* Solo os pido, que me digáis:— *Luis.* Ay tal tema! ya es necesidad la portía.

Dieg. No merece tan grossera respuesta mi corteja.

Luis. Palabras tan descompuestas fabrá castigar mi azero. *Riñen.*

Mosc. Esto ha parado en pendencia.

Dieg. Yo cumplí mi obligación.

Mosc. A ellos, que son badés.

Entranse riñendo todos, y dicen dentro.

Fab. Muerto soy.

Mosc. Así se ahorra, que lo haga el Doctor.

Sale Don Diego, y Moscon con las espadas desahadas.

Dieg. Que tenga esta mano tan pesada! *Entran.*

Dentro. Dad à la calle la buelta, seguidlos.

Dieg. Vive Dios, que la justicia nos cerca.

Mosc. Qué haremos?

Dieg. Esta es la calle de Leganitos, y en ella no hay Templo que nos oculte; ya es de noche, la primera casa nos sirva de amparo.

Va tentando Moscon, y al lado del tablado ha de haver una puerta como de jardín abierta.

Mosc. Aguarda, señor, espera, que aquí una puerta he encontrado abierta, y segun las señas de las ramas que la adornan, es de algun jardín.

Dieg. Pues entra, y ella ampare nuestras vidas.

Entranse por ella, y sale Doña Isabél con diferente saya, è Inès.

Isab. Ay Inès! yo vengo muerta: si nos conoció mi hermano?

Inès. No lo sé; mas di, qué intentas?

Saca Doña Isabél una llave, y señala à otra puerta grande, que ha de haver en medio del tablado.

Isab. Abre esta puerta, que quiero, por si aquí mi hermano llega, que me halle con Doña Juana nuestra vecina, que en estas casas, que à la buelta caen, y son accesorias de estas, vive con Don Juan su hermano de Avendaño, y de esta puerta, que à entrambas casas divide, tenemos llave maestra las dos, por ser muy amigas, y visitarnos por ella

los mas dias ; pues con esto
desmentirè su sospecha.

Inès. Dices bien ; pero antes quiero
cerrar , señora , la puerta
del jardin , que con el suto,
con el ahogo , y la priessa
la dexè abierta.

*Al entrarse Inès, salen Don Diego, y
Moscon con las espadas desnudas.*

Dieg. Si os mueve
una desdicha , que ciega,
por cumplir mi obligacion,
me formò la contingencia,
(què peregrina hermosura!)
permitid , que oculto pueda
librarme de la justicia,
que me sigue à toda priessa,
siendo vuestra casa alylo
de mi vida , aunque en la esfera
de vuestros ojos divinos
està mi prision mas cierta,
que en su violencia : Moscon,
has visto muger mas bella?

Perdido estoy , què me dices?

Mosc. Ahora enamoras? Reynas,
si acaso tienen de nones
en casa alguna despena,
sotano , esconce , rincon,
desvan , texado , escalera,
cueva , algive , pozo , noria,
cavalleriza , ò bodega,
escondednos , y libradnos
de la justicia , no sea,
que llegue aqui en nuestra busca,
y que estando en la presencia
del Sol , nos ponga à la sombra.

Isab. Soñegaos , y nada tema
vuestro rezelo : No es este *à Inès.*
Don Benito? yo estoy muerta.

Inès. Si señora. *Isab.* Què desdicha!
sin duda fue la pendencia *ap.*
con mi hermano. Cavallero,
ya en mi obligacion es deuda,
pues os valeis de mi casa,
ampararos : à esta pieza
os retirad , que yo ofrezco,
si aqui la justicia llega,
libraros. *Dieg.* Agradecido.

señora , à tanta fineza,
pondrè el alma à vuestros pies;
bien que advertiros es fuerza,
que viene en vuestras piedades
disfrazada una violencia,
que al darme vida me mata.

Mosc. Señores , que se requiebra
todo. *Isab.* Vos haveis perdido
la memoria en la pendencia:
Bueno es decirme tapada
lo mismo que descubierta;
mudable es , sobre llamarse
Don Benito.

Dent. D. Luis. Inès , Marcela,
Beltràn , traed unas luces.

Isab. Mi hermano , ay de mi! essa puerta
abre , Inès : Cavallero
retiraos. *Inès.* Pues còmo intentas
en casa de Doña Juana
esconderle? *Isab.* Así no arriesga
el lance mi prevencion;
pues quando mi hermano venga
rezeloso , y quiera vèr
toda la casa , la agena
no ha de registrar. *Inès.* Bien dices;
apriessa. *Dieg.* Ved , que se queda
con vos el alma. *Mosc.* Essa trae
guisada à la Portuguesa.

*Metelos Luisa por la puerta de enmedio,
y cierrala , y sale Don Luis.*

Luis. Hermana ? Fortuna ha sido , *ap.*
que de peligro no sea
la herida de Fabio.

Isab. Hermano?

Luis. Disimular mi sospecha *ap.*
conviene ahora : què has hecho
esta tarde? *Isab.* En la tarèa
del cañamazo ocupada,
y con Doña Juana bella,
mi vecina , de visita
he estado. *Inès.* Y yo con las medias
de pelo , que para ti
estoy haciendo , en conciencia,
que à puro menear las manos,
las agujas , y la seda,
y el punto , tengo mayor
que esta casa la cabeza.

Luis. Vano mi rezelo ha sido. *ap.*
Inès.

Inès. Y aunque me riñas, es fuerza decirte, señor, que es cosa terrible, que así nos tengas encerradas todo el año, sin ver Prado, ni Comedia, ni fiesta alguna de quantas la grande Madrid celebra, teniendo una hermana aquí tan virtuosa, y atenta, que es un exemplar su vida del recato, y la modestia.

Luis. Estas diversiones en mugeres de la esfera de Doña Isabèl mi hermana; fueran indecentes muestras de liviandad, y que al vulgo dieran bastante materia para murmurarle; y mas quando por horas espera Doña Isabèl à su Esposo Don Diego de Luna y Leyva, Cavallero noble, y rico, que sirve al Rey en las guerras de Flandes, à quien Don Pedro su padre, en cartas diversas, ha avisado los conciertos; y solo espera que venga para efectuarlos. *Isab.* Eso es lo que mas me atormenta, pues me caso sin mi gusto, *ap.* *Inès,* mi hermano lo acierta, porque las nobles mugeres siempre están con mas decencia en su casa, que en el Prado. Y dexando esta materia, tu rostro, hermano, me ha dicho que traes alguna tristeza; que tienes, Don Luis?

Luis. No es cosa que importe: cierta sospecha; que ya llega à defengano, me ocasionò una pendencia en el Prado Nuevo, adonde una herida, aunque pequeña, dieron à Fabio; y la causa fueron dos tapadas necias, que por recato, y por burla

se encubrieron de manera de mi, que quise seguir las.

Isab. Què aquestos lances sucedan! miren las malas mugeres si sucediera por ellas una desdicha. *Inès.* Por cierto, que es un bobo el que se empeña por dos mugercillas ruines.

Luis. Y aun esta, *Inès,* es mi tema, que la honrada asista en casa.

Inès. Aun bien, que las dos apenas vemos el Sol. *Luis.* Ven, hermana.

Isab. Quien de mi altivez creyera, que me haya picado el ver, que dos à un tiempo festeja en mi Don Benito? Amor, notables son tus quimeras.

Vanse, y salen Don Diego, y Moscon como à obscuras.

Mosc. Segun se tarda esta dama, parece que no se acuerda de que nos tiene en el Limbo.

Dieg. Ay Moscon! jamás quisiera salir de aqui mi cuidado.

Mosc. Luego la quieres de veras?

Dieg. Eso preguntas? la adoro.

Mosc. Pues como tan presto dexas à la tapada del Prado?

Dieg. Necio, puedo yo quererla si no la he visto? *Mosc.* Don Diego, como ripio no desechas de amor, y en tu condicion lo mismo es una, que ochenta, juzguè que à entrambas querias.

Dieg. Ya en mi esta costumbre cessar sola esta hermosura adoro.

Què bizarra, què discreta nos librò de la justicia! Desde oy protesto, que sea imàn de mis pensamientos, sin que otro cuidado pueda introducirse en el alma.

Mosc. Si durare la protesta más tiempo, que el que tardares en ver otra, quiero en pena de ser incredulo, ser salvo, zurdo, y ser Poeta,

B

que

que es peor que serlo todo.

Dieg. Aguarda, Moscon, espera,
que una luz, segun parece,
àcia esta puerta se acerca.

Mosc. Albricias; sin duda vienen
à sacarme de tinieblas.

*Apartanse los dos à un lado, y salen
Doña Juana, y Luisa con
una luz.*

Juana. Pon, Luisa, en esse bufete
essa luz, y mientras venga
Don Juan mi hermano, podràs
aderezar essa pieza
para el huesped, que esta noche
ha de venir. *Luisa.* Que obedezca
es preciso; mas què es esto? *velos,*
dos hombres, señora.

Juana. Apenas
muevo los labios: pues còmo
vos:- quando de esta manera
entrasteis? Ola, criados.

Dieg. Suspended la voz, que fuera
desayrè en vuestra hermosura
valeros de otras violencias
para matarme; y teniendo
propias armas con que puedan
triunfar de mi vuestros ojos,
fuera ociosa diligencia,
que con un rendido useis;
señora, de armas ajenas.

Juana. Cielos, este Cavallero *ap.*
no es el que vive en mi idèa,
desde que por mi en el Prado
diò castigo à la sobervia
de aquel hombre, que à mi coche,
con resolucion grossera,
se llegó à reconocermè?
Decid, còmo en esta pieza
haveis entrado? que el pecho
al veros aqui, no acierta
con el susto. *Dieg.* Sostengo,
y la purpura sangrienta,
que usurpò el miedo, bolved
al rostro: La contingencia
de un accidente, dispufo,
que yo un disgusto tuviera
en el Prado Nuevo; y siendo

alli el retirarme fuerza
de la justicia, encontrè
acaso la puerta abierta
de un jardin, entrè, y lleguè
à una sala, donde empena
à una Dama mi peligro,
para que librase en ella
mi amparo; y ella piadosa
me mandò entrar à esta pieza
por essa puerta. *Juana.* Sin duda,
que Doña Isabel intenta
librarle de la justicia
por mi casa; y fue muy necia
resolucion, si mi hermano,
que ha poco que saliò fuera,
le hallasse aqui: Cavallero, *à ella*
de essa Dama, que decís,
y pudiera mas atenta,
y advertida, sanear
vuestro riesgo, sin mi ofensa,
para mi honor; pero no es tiempo
ahora de que mi quexa
aumente vuestro peligro:
à este Cavallero lleva
Luisa, y mirando primero
si hay en la calle quien pueda
estorvarlo, le pondràs
en salvo.

Dieg. A las plantas vuestras
postrado, ya he satisfecho
de esta obligacion la deuda;
pues vos me dais una vida,
y os dexo el alma por ella.

Mosc. El alma, hombre del demonio;
si en tantas partes la empenas,
còmo has de poder sacarla?

Salen D. Juan. Vana fue mi diligencia;
no puedo hallar à Don Diego
en el Parque.

Juana. Yo estoy muerta: *ap.*
mi hermano:-

Repara Don Juan en Don Diego.

Juan. Mas ya ha venido, *ap.*
que no bastò mi cautela
à embarazar, que no viesse
à Doña Juana.

À Don Juan turbada.

Juana.

Juana. Si pienas,
hermano, que yo he tenido
culpa ahora: *Juan.* Bien pudieras
estarte en tu quarto: Vos *à él.*
vengais muy en hora buena,
Don Diego, à honrar esta casa,
que ya con el alma espera
servir à tan noble huesped.

Juana. Ay tan estraña novela!
Aqueste es el Cavallero,
que Don Juan mi hermano hospeda?
Alma, bolved à vivir.

Dieg. La casa sin duda es esta *ap.*
de Don Juan: Ay tal suceso!
proseguir su engaño es fuerza.
Nunca dudó mi amistad

A Don Juan.
iguales correspondencias
de vuestro pecho; y así,
apenas la noche negra
eclipsó el Sol, quando vine
à esta casa, por las señas
que me disteis en el Prado;
llamé, Don Juan, à esta puerta;
y essas señoras me abrieron.

Mosc. Aquesta es la vez primera,
que ha mentido en su provecho.

Juana. Parece que se concierta *ap.*
su voz con mi turbacion.

Si, hermano, de esta manera
sucedid. *Dieg.* Perdon os pido,

A Doña Juana.
señora, de que grossera
mi atencion, no os conociese.

Juana. Yerro, que tan presto enmienda
la cortesia, no es yerro.

Ay Don Diego, si me vieras *ap.*
el alma. *Juan.* Venid, amigo,

A Don Diego.
descansareis. *Jendoste.*

Dieg. Qué belleza! *Vasca*

Juana. Qué buen talle!

Luisa. Qué Lacayo
tan garifo! *Mosc.* Qué sirvienta

tan melisua! *A Dios Aldonza,*
Luisa. A Dios Cosme.

Mosc. A Dios Quiteria,

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Diego, y Moscon. *Calle =*

Dieg. Estraño suceso ha sido
el que anoche nos pasó.

Mosc. Aun lo estoy dudando yo. *Casa*

Dieg. Quién, dime, huviere creído,
que por el falso postigo
de aquel jardin, sin pensar,
fuessemos los dos à dar
à la casa de mi amigo?

Mosc. Notable desgracia fuera,
a ser la disculpa vana.

Dieg. Por Doña Juana su hermana,
mas que por mí, lo sintiera;
mas como no tuve culpa,
y Don Juan señas me dió
de su casa, nos valió
à entrambos esta disculpa.

Mosc. Y di, no te has informado
de aquella Dama primera
del jardin? Sabes quien era?

Dieg. Al descuido, de un criado
me informé; y como lo allana
el cuidado que en mí vés,
supe, que esta Dama es
de Don Luis Pacheco hermana,
y que se llama, Moscon,
Doña Isabel. *Mosc.* Luego infiero;
que con esta, al retortero
tres Damas, Don Diego, son
las que traes.

Dieg. No estés cansado:
tres Damas? *Mosc.* Es cosa llana;
Doña Isabel, Doña Juana,
y la tapada del Prado.

Dieg. Si acaso mi pecho fiel
de las tres una eligiera,
presumo, Moscon, que fuera
la hermosa Doña Isabel;
mas burlando este cuidado,
vive usano mi folsiego.

Mosc. Y no me dirás, Don Diego,
por qué à la Dama del Prado
la dixiste muy severo,
por mentir así un poquito,

B 2

que

que te llamabas Benito,
que es nombre de despenfero?

Dieg. Como alli no me importò
(à su vista lisonjero)
decir mi nombre, el primero
dixe, que se me ofreciò:
esta es maña vieja ya
del cuidado, si lo miras.

Mosc. Y dime, quantas mentiras
has dicho de ayer acá?

Dieg. Calla, loco.

Mosc. Tu al desgaire
las echas, que es bendicion.

Dieg. Dichas à buen tiempo, son
agudezas de buen ayre.

Mosc. Sabes en què he reparado?
que son tantas tus promesas,
porque la verdad confiesas,
y nunca la has encontrado.

Dieg. Por loco, y simple te dexo.

Mosc. Ya parece que llegamos.

Dieg. Aguardate, que ya estamos
en la calle del Espejo.

Mosc. En ella tu padre vive:
dì, no le quieres hablar?

Dieg. Tu solo ahora has de entrar,
que he de ver como recibe
mi venida; pero infiero
de su mala condicion,
que aun dure la indignacion:
en este portal te espero
de enfrente, y con lo que haviere,
pues vas de todo instruido,
me avisaràs advertido. *vase.*

Mosc. Venga ello como viniere.
Ahora bien, và de cautela;
yo en efecto soy un loco,
miento mucho, y medro poco,
porque estoy en buena Escuela.
Entrome, pues, de rondon;
salir el viejo previene,
que el coche à la puerta tiene:
tèn buen animo, Moscon,
porque eres hijo de buenos,
y segun ahora estàn
las cosas, poco te haràn
treinta palos mas, ò menos.

*Arrimase Moscon à un lado, y salen Don
Pedro viejo, y un criado.*

Ped. Miraste la lista toda
de Flandes? *Criad.* Letra por letra
la mirè, y no tienes carta. *vase.*

Ped. Denme los Cielos paciencia:

Que haviendole escrito à Diego,
que luego al punto se venga,
porque de su casamiento
hechos los conciertos quedan
con Doña Isabèl Pacheco,
que ha de ser su esposa bella;
fiquiera por darme gusto,
no haya tenido respuesta!

Què querrà de mi este mozo?

No es Moscon? *Repara en el.*

Mosc. El me mosquèa:
dame à besar esas plantas.

Ped. Moscon, què venida es esta?
donde queda vuestro amo?

Mosc. Quedarà de aqui dos leguas
justas, y cabales, mèn
lo que viene andando de ellas:
junto à las Rozas quedaba.

Ped. Viene bueno? **Mosc.** Una jaqueca
trae en el tobillo izquierdo.

Ped. El corazon me rebienta
en el pecho de alegria,
de ver que con salud venga:
sin duda que recibì
mi carta, y con diligencia,
sin responderme se vino.

Mosc. Señor.

Ped. Bien pudiera
Diego haverse adelantado.

Mosc. Si de tu casa hizo ausencia
por travesuras de mozo,
no es justo, señor, que tema
tu indignacion?

Ped. No me espanto:
en fin, los dos en Bruselas
asististeis? **Mosc.** Si señor.

Ped. Y en su Militar Escuela
era bien visto mi hijo?

Mosc. Si señor, solo una tuerta
diò en mirarle de mal ojo.

Ped. Necio, yo te hablo de veras.

Mosc.

Mosc. Pues si un mismo caso piden la pregunta, y la respuesta, hablando de veras, digo, que en valor, en gentileza, en cortesía, en agrado, y en entendimiento, muestra, que hay muy pocos que le igualen, y ninguno que le exceda.

Ped. Notable gusto me has dado: què bien al alma le suenan estas nobles propiedades! toma por las buenas nuevas

Dale una sortija.

esta sortija; mas dime, entre estas prendas que cuentas de Diego, no tiene alguna, que afean las otras pueda? que nadie nace perfecto.

Mosc. Esta es muy larga materia de contar. *Ped.* Dì por tu vida.

Mosc. Hà sortija lo que aprietas! tiene una faltilia. *Ped.* Qual?

Mosc. Unas mentirillas echa, que es para alabar à Dios.

Ped. Como sin perjuicio sean no es gran falta, porque en fin el tiempo todo lo enmienda, y en la Corte perderà, con la sangre que le alienta, esse defecto. *Mosc.* No es facil.

Ped. Mucho tarda.

Mosc. Aqui me espera, que presto vendrè con èl.

Vase Moscon.

Ped. Valgame Dios lo que pefa de un hijo el amor! confieso, que en los años que me cercan no he tenido mejor dia: en fin, con su esposa bella se sossegarà este mozo; el bueno à mis ojos venga, que las mudanzas de estado todas las costumbres truecan.

Sale Don Diego, y Moscon.

Dieg. Dame, señor, esos pies.

Ped. Hijo, bien venido seas; levanta, dame los brazos,

Como vienes? *Dieg.* La respuesta no te doy, porque quien viene en tu gracia, à tu obediencia, padre, y señor, es preciso que con gusto, y salud venga.

Ped. No me harto de mirarte, de verte me maravillo: valgame Dios por Diaguillo!

quiero otra vez abrazarte.

Bravo mozo! gran Soldado!

Dieg. Ser tu hijo es el Blason, que me diò alguna opinion.

Ped. Ya Moscon me la ha contado, y sè que todo es así; discreto en venirse fuisse:

ven acá, no recibiste un pliego que te escriviè?

Dieg. No señor.

Ped. Pues ya me llama, hijo mio, este cuidado;

sabe que te he concertado de casar con una Dama

rica, y hermosa. *Dieg.* Hà cruel fortuna! *Ped.* Què estás dudando?

Dieg. Esso es imposible, quando adoro à Doña Isabèl.

Ped. Què respondes?

Dieg. Pena fiera! què he de hacer para escusar

A Moscon.

este lance? *Mosc.* Imaginar una mentira soltera:

casado? parà su humor es bueno. *Ped.* Què estás diciendo?

Dieg. Yo, señor:--

Mosc. Vamos mintiendo. *à su amor*

Ped. Ay tan extraño rigor! hablarme estás reusando?

Dieg. Mi industria me ha de valer: Cielos, aquesto ha de ser.

Mosc. A Dios, ya la va fraguando.

Dieg. Sabe, señori:-- *Ped.* Què cantado!

Dieg. Que casarme:--

Ped. A esso venis.

Dieg. No es posible.

Ped. Què decís?

por què? *Dieg.* Porque soy casado.

Ped.

Ped. Esto à decir se atrevió
vuestra lengua? sobre mi
cayga el Cielo.

Dieg. Yo, si aqui: *turbado.*

Mosc. Qué presto se la embocó.

Ped. Sin mi orden? loco, atrevido,
aquella vez me dais?

Dieg. Señor, si no me escuchais:—

Ped. Qué disculpa, inadvertido,
podeis darme en esta accion?
vos casado à mi disgusto?

Dieg. Escuchadme, y si no es justo,
castigueme tu atencion.

Mosc. No van malas sus marañas. *ap.*

Dieg. Amor, ayuda mi intento. *ap.*

Mosc. Escuchenle, que este cuento *ap.*
ha de ser juego de cañas.

Dieg. Don Fernando de Mendoza,
que es en empreñas tan grandes
Maestre de Campo en Flandes,
y este honroso puesto goza
por su sangre, y su valor,
fue mi amigo verdadero;
el apellido, yo infiero
que te havrà dicho, señor,
su sangre: este tal tenía
una hija tan hermosa,
tan honesta, y virtuosa,
(amor, mis intentos guía) *ap.*
que siendo del Sol afrenta,
comparacion es obscura,
tiene sobre su hermosura
seis mil ducados de renta:
estas partes singulares,
y la amistad de los dos
dieron lugar:—

Mosc. Vive Dios, *ap.*
que miente por los hijares.

Dieg. A que à Doña Luisa bella
viesse un dia. *Mosc.* Bueno vâ.

Dieg. Quedè al verla (claro està)
perdiendo el juicio por ella.

Mosc. El miente de calidad,
y lo relata de modo,
que con ser mentira todo,
pienso, por Dios, que es verdad.

Ped. De aquella accion no me queixo,

que oy no se hallaa, en verdad,
gran renta, y gran calidad.

Mosc. La mosca le picò al viejo.

Dieg. Digo, pues:— *Ped.* Decid, señor.

Dieg. Que amante la festejè,
suspirè, gemì, llorè.

Ped. Primer jornada de amor.

Dieg. En fin, para no cansarte,
passados (à lo que creo)

dos años de galanteo,

una noche (escucha aparte)

dandola mano de esposo,

mas humana mi porfia,

ella acabò de ser mia,

y yo empecè à ser dichoso:

mira tu en tu ciego abyssmo,

si alguna Dama sirviera

tan noble, y rica, què hicieras?

Ped. Digo, que hiciera lo mismo:
ahora disculparte quiero,

si es verdad lo que has contado.

Mosc. Ello està bien sentenciado
à pagar de mi dinero.

Ped. Casado en resolucion
estais? *Mosc.* Y por mas consuelo,

A Don Pedro.

su amor ha premiado el Cielo,
con fruto de bendicion.

Dieg. Calla, loco.

Mosc. Aunque Lacayo,
nadie conmigo se meta;
tiene un Dieguito de teta,
que habla mas que un papagayo.

Ped. Hijo teneis? què recela
vuestro miedo? *Dieg.* Necio estâs.

Mosc. Un año tiene no mas,
y vâ por su pie à la Escuela.

Ped. Ahora, señor, la prudencia
se mida con el consejo.

Vos, en fin, estais casado?

esto no tiene remedio:

encubrirle determino *ap.*

en esta ocasion à Diego

de Doña Isabèl el nombre,

que es cuerda atencion, supuesto,

que no puede ser su esposo;

hablarè à Don Luis Pacheco

estâ

esta tarde, y le diré,
que este mozo, poco atento,
no quiere tomar estado,
y que está en Flandes, supuesto
que ha de bolver por su esposa,
que aunque lo sienta, yo quedo
disculpado en esta parte.

Moscon, trae la ropa luego,
y vos, hijo, no salgais
de casa, hasta que yo cuerdo
desenoje à vuestra esposa:
digo, à la que havia de serlo;
si no estaos en vuestro quarto,
que tiene muy nobles deudos
esta Dama, y es preciso,
que han de sentirlo en estremo.
Quedaos aqui, que yo voy,
pues es dia de correo,
à escribir à vuestra esposa
à Flandes.

Hace que se va, y buelve.

Mosc. Mamola el viejo.

Ped. Así, que no me acordaba
de mi edad (notable yerro!)
cómo decís que se llama?

Dieg. Doña Luisa. *turbado.*

Ped. Yà lo veo;
de qué?

Mosc. Si se le ha olvidado, *ap.*
dimos con todo en el suelo.

Dieg. Doña Luisa digo: del
sobrenombre no me acuerdo,
que antes le puse. *Ped. Acabad.*

Dieg. Mas quizá no caerà en ello: *ap.*
diré, pues él no se acuerda
el que se ofrezca primero,

Doña Luisa de Guzmán. *à Pedro.*

Hace que se va, y buelve.

Ped. Si la memoria rebuelvo,
de Mendoza me dixisteis,
no Guzmán.

Mosc. Pescótre. *Dieg. Cielos!*
qué le diré?

Mosc. Otra mentira.

Dieg. Mas valgame aqui el ingenio,
Tambien se llama Guzmán,
porque su abuelo materno

Don Antonio de Guzmán,
por quien tiene de derecho
el Mayorazgo, dexó
cláusula en su testamento,
de que se llame Guzmán
quien le possea, y por esto
Doña Luisa mi muger,
como le está poseyendo,
es Mendoza por su padre,
pero Guzmán por su abuelo.

Ped. De todo voy informado:

à Dios. *vase.*

Mosc. De risa rebiento.

Dieg. Qué dices de esto Moscon?

Mosc. Que de los diez Mandamientos;
que debemos guardar, eres
en el octavo un portento.

Dimo, hombre del diablo, donde
hallaste en tan breve tiempo
tantas mentiras? parece
que se te metió en el cuerpo
toda una legion de Sastres.

Dieg. Moscon, mas que mil Imperios
quiero mi libre alvedrio;
con mi estado estoy contento,
fuera de que como sabes
à Doña Isabel pretendo,
y à Doña Juana, si bien
mas rendido aquí el afecto;
mariposa de sus luces,
en Doña Isabel me quemo,
y en su llama sacrificio
víctimas mis pensamientos.

Mosc. Está bien; mas di, señor,
has de seguir el precepto
de tu padre, que te manda
no salir de casa? *Dieg.* Bueno
era esso en mi condicion:
dexa que se vaya, y luego
saldremos los dos.

Mosc. Qué intentas?

Dieg. Ver esta tarde pretendo
à Doña Isabel divina,
con color de que la debo
la vida, y desta manera
cumpló alli con dos afectos,
pues logrando lo amoroso

que.

queda garvoso lo arento.
Mosc. Inés! ella me ha pedido un manto, y aquí le llevo para darle, porque la tal Inés es mi dueño.
Dieg. Vamos: Amor, deidad eres, oy à tu piedad me entrego.
Mosc. Amor, por amor de Dios, que nos saques de embusteros.
Vanse, y sale Don Juan con un papel en la mano, y Inés.

Juan. Aquesto has de hacer por mi.
Inés. Es imposible, Don Juan.
Juan. Mis esperanzas están libradas, Inés, en ti: adoro à Doña Isabél, y pues su hermano está fuera; y hallo esta ocasion, quisiera que la des este papel.

Inés. Hablarla, Don Juan, procura; que yo lo estoy reusando, porque ha de matarme.

Juan. Quando no fue ingrata la hermosura? en qué ofendo su decoro, pues la sirvo tan secreto, que solo sabe el respeto, que à Doña Isabél adoro?

Inés. Mira, yo aquesta embaxada hiciera esta vez por ti; pero te aborrezco. *Juan.* A mí?

Inés. No me hallo de ti pagada.

Juan. Dices bien. *Inés.* Un descuidillo ap. dà lumbre en mil ocasiones.

Juan. Toma, Inés, estos doblones, que van en este bolsillo.

Inés. Aunque aquí me los ofrezcas, no haré tal. *Juan.* Este no es pago de mi amor, que aquesto hago porque tu no me aborrezcas.

Inés. Aora bien, tomarle quiero, tomale. JESUS, y qué bien parece el modo con el diuero!

Juan. Dime, qué hace tu senora?

Inés. Quedaba en el tocador.

Juan. Lince logrará mi amor

desperdicios de la Aurora.
Inés. Si la vieras lva abestrado; à media luz su hermosura, en la gala sin compostura, y el aliño sin cuidado. Tiene para los sentidos, que están de mirarla yertos, unos rigores despiertos, entre unos ojos dormidos. El pelo, que sin decoro se esparce inquieto, y se humilla; de verla sin gargantilla, hace mil estremos de oro. Labios de coral, y grana, lisonja hermosa del viento, y el Alva libra en su aliento perfumes à la mañana. Si te renueva la herida, venza al cuidado la duda, esta es la verdad desnuda, mira tu qué hará vestida.

Juan. Ay Inés, qué necia estás en la duda que me ofreces, pues quanto mas la encareces, el amor me finge mas.

Loco estoy, y estoy perdido: fabrás decirle mi amor?

Inés. Dame el papel; mas, señor,

Toma el papel.
 gente à esta parte he sentido.

Juan. Pues, Inés, por esta puerta, que hace à mi quarto, vendré esta noche, y la tendré, porque lo sepas, abierra; y à deshora, del papel la respuesta me darás.

Inés. Don Juan, à qué hora vendrás?

Juan. Ay, bellísima Isabél! entre las doce, y la una.

Inés. Bien está. *Juan.* Noche serena; d duelete de mi pena, d haz dichosa mi fortuna.

Vase Don Juan, y arrimase Inés à un lado; y sale Don Luis, y Doña Isabél.

Luis. En fin, Doña Juana viene à verte? *Isab.* Como es amiga, sin prevencion, esta tarde

quiere

quiere hacerme una visita.

Luis. Pues lo que yo te suplico
(ay Doña Juana divina!)
es que tu, hermana, galante
la regales, y la sirvas.
Y aunque en tus escaparates
no faltarán chucherías
de gusto, que puedas darla,
que estas entre las amigas
son cortesanas finezas,
quiere que por cuenta mia
corra, hermana, su cortejo;
en el coche, à toda prisa,
de la Calle Mayor, quiero
traerte unas niñerías,
que la des, pues dos razones
à darte gusto me obligan.
Es la primera, saber,
que eres, hermana, entendida:
y la otra, que à mi costa
hagas la galantería.

Isab. Ay, hermano, yà te entiendo!
tu has ganado, y solicitas
darme barato: yo quiero
hacerme desentendida.

Luis. Què mal, Isabèl, entiendes
del amor sofisticas!
nunca he estado mas perdido.

Isab. Pues di, què razon te obliga,
haviendo perdido tanto,
à este empeño?

Luis. Escucha. **Isab.** Dila.

Luis. Suele un tahir acabar
de perder quanto tenía,
menos algun resto, que
de picado no le estima.
Impaciente se levanta,
y alzando acaso la vista,
lo suele dar de barato
al primero que le mira.
Quien recibe un beneficio,
al que se le hace se inclina,
porque al viso de un despecho
luce una galantería.
Esto mismo me sucede;
vi à Doña Juana divina,
entreguèla toda el alma,

barajè el amor mi dicha;
hablela, perdì la suerte,
porque era suerte mia:
dèxome, hermana, picado,
y entre finezas perdidas,
no me ganè la memoria,
que es lo que mas me fatiga;
mas quando en un desdichado
se halla memoria perdida?
Doña Juana hermosa, es
la que me dexò sin vida;
yo quien la perdì à sus ojos,
y tu eres la que nos miras.

El ultimo resto, que
en la memoria se cifra,
te doy, hermana, abrafado,
para que tu agradecida
esta memoria le acuerdes,
y de mi parte le digas,
que mi amor; pero tu eres,
Isabèl, muy entendida,
yo un hombre muy infelice,
Doña Juana muy esquiva.
Tu te hallas de mí obligada;
consulta contigo misma,
viendome morir de amante,
lo que es justo que la digas.

Isab. Discreto mi hermano así,
quando à Doña Juana adora,
se ha declarado.

Llega Inès.

Inès. Señora?

Isab. Inès, tu estabas aquí?

Inès. De tu semblante colijo,
que estás triste. **Isab.** Triste: no,
pluguiera al Cielo! mirò,
si el semblante te lo dixo.

Inès. Si es porque tarda Don Diego,
el que tu esposo será,
presto de Flandes vendrá.

Isab. Necia estás, (ay amor ciego!)
al Cielo, (ay de mí!) pluguiera,
porque mi amor se lograra,
que ni de Flandes llegara,
ni à ser mi esposo viniera.
Don Benito (yo estoy muerta!)
tapada me habló en el Prado,

y anoche aqui su cuidado
me exagerò descubierta.
Amor, decidmelo vos,
cómo he podido rendirme
à un hombre tan poco firme,
que enamora à un tiempo à dos?

Salen Don Diego, y Moscon.

Dieg. Turbado à vuestra presencia
llega mi agradecimiento,
tan ciego, que el sufrimiento
no aguardò vuestra licencia.
Perdonad mi inadvertencia,
aunque grosero haya sido,
pues quando vengo rendido
à arrojarle à vuestros pies,
dora en mi lo descorètès,
las señas de agradecido.
La vida os debo, y si aqui
no buscàra esta ocasion,
faltàra à mi obligacion
por vos, por ella, y por mi.
Por vos, porque siendo así
que os la debo, os agraviàra,
si el beneficio olvidàra:
por ella, porque se vê
segura; y por mi, porque
esta dicha malogràra.

Yo os adoro tan constante
al riesgo de mereceros,
que en el peligro de veros:-

Isab. No paséis mas adelante:
hay hombre mas inconstante! *ap.*

Yà el sufrimiento es en vano:

Inès. *Inès.* Señora. *Isab.* Ha tyrano!
què mal su engaño concierta.

Inès. Què quierès? *Isab.* Desde esta puerta
mira si viene mi hermano.

Inès. Así lo harè.

Isab. De este encanto *ap.*

salga esta vez mi passion.

Mosc. Inesilla. *Inès.* Que hay Moscon?

Mosc. Mira que te traygo el manto.

Inès. De puntas?

Mosc. No hay para tanto;

la prematica lo enseña.

Inès. Bien tejido? *Mosc.* Es una peña.

Inès. De gloria? *Mosc.* No te alborote,

que es un manto de anascote, *vasc.* *Inès.*
porque tu has de dar en dueña.

Isab. Yà estamos solos; decidme,
Cavallero, que haveis visto
en mi? què seña, què amago
de liviandad, de cariño,
para que atrevido, loco,
oflado, y desvanecido,
querais intentar:- *Dieg.* Señora;
si adoraros es delito,
si os ofende un rendimiento,
si una atencion ha podido
irritaros, culpa fue
de vuestros ojos divinos,
porque aborrecer, y amar
es pension del alvedrio.
Necio fuera el que al miraros
no se rindiera, al hechizo
de vuestra rara hermosura,
de vuestro ingenio divino.
Si es así, cerradle à todos
los ojos, y los oidos:
yo os adoro, con la pena
de no ser correspondido;
y pues apetezco el riesgo,
me hallo bien con el peligro.

Isab. Venid acá, supongamos
(bien de esta fuerte lo finjo!)
que me ameis, y os correspondo,
que aun supuesto es de vario;
decid, fuera entorces bueno,
que llegasse à mis oidos.
que amabais en otra parte?

Mosc. Ella sabe, vive Christo,
señor, del pie que cojeas.

Isab. Què decidis? *Dieg.* Señora, digo,
que os engañàran por Dios.

Isab. Mirad, que quien me lo dixo
es persona que lo sabe.

Mosc. Mucho aprieta este testigo.

Isab. Ayer en el Prado Nuevo,
muy amante, y muy rendido,
no hablasteis à una tapada?

Mosc. El demonio se lo ha dicho.

Isab. Què respondeis? esto es cierto.

Dieg. No niego, que en esse sitio
hablé ayer tarde à una dama,

y mas que amor, fue capricho
llegar à hablarla; tapada
estaba, y si verdad digo,
era muy vana afectada.

Mosc. Ayudarle determino: *ap.*
No he visto muger tan fea! *à ella.*

yo la vi por un resquicio
del manto la cara, y era
una sierpe, un basilisco,
vieja, un poco desbalda,
un ojo tuerto, otro vizco,
con tres varas de pescuezo,
y media vara de ozico.

Isab. Buena me ponen los dos! *ap.*

Engaño haveis padecido,
que esta dama es muy hermosa,
muy rica, y su nombre mismo
es Doña Juana de Roxas,
muy mi amiga, y que me dixo,
si bien me acuerdo, que vos
os llamabais Don Benito
Perez, que à hablarla llegasteis,
y que tuvo vuestro brio
una pendencia por ella:
Decid, señor Don Benito,
son aquestas buenas señas?
es verdad? *Dieg.* Verdad ha sido.

Isab. Quien creerà, que me està mal, *ap.*
y que me huelgo de oirlo?
ahora entro yo: pues como,
ciego, loco, inadvertido,
quando estais en otra parte
empenado, osais, indigno,
poner los ojos en mi?
viven los Cielos Divinos,
que mi desprecio:- *Dieg.* Señora,
si yo à esta dama no he visto,
como he de tenerla amor?
advertid, que fue fingido
quanto à esta muger la dixes;
mi amor, mi fe, mi alvedrio,
solo estàn viviendo à cuenta
de vuestros ojos divinos.

Isab. Luego no pudiera ser
tambien esse amor fingido?

Dieg. No pudiera.

Isab. Si pudiera.

Sale Doña Juana por la puerta de enmedio del tablado.

Juana. Amiga; pero què miro?

Dieg. Cielos! Doña Juana es esta.

Juana. Don Diego aqui? mal reprimo
mi pesar. *Isab.* Amiga mia,
mil siglos me han parecido
los instantes que has tardado.

Juana. Esta fineza te estimo.

Mosc. Fuego de Dios, què ojos echa!

Isab. Este Cavallero vino,
amiga, à darme las gracias,
de que tú parte has tenido,
pues le libramos entrambas
à noche, de aquel peligro
de la Justicia.

Juana. Ha traydor!

Dieg. A vuestras plantas rendido
esta obligacion confieso.

Sale Inès muy de prisa.

Inès. Señora:-

Isab. Què ha sucedido,

Inès? *Inès.* Don Pedro de Luna,
en aqueste instante mismo,
por tu hermano ha preguntado;
y haviendole respondido,
que no està en casa, del coche
se apea ahora, y me ha dicho
te quiere besar las manos.

Mosc. Esto es peor, vive Christol

Aparte à Don Diego.

Tu padre, señor.

Dieg. Señoras,
à quien havrà sucedido
tal lance? este Cavallero
me importa (yo estoy perdido!)
que no me vea, y assi
à esta pieza me retiro;
perdonad por Dios.

Inès. Que llega.

Mosc. Aprisa, cuerpo de Christo.

*Escondense los dos à un lado, y sale
Don Pedro, viejo.*

Ped. Aunque sè, que no ha venido
el señor Don Luis, señora,
lograr he querido ahora
esta ocasion, advertido,

si bien de alguna criada
error, ò descuido fue,
que no entràra à saber, que
estais tan bien ocupada.
Y así, aquesta inadvertencia
vos enmendarla podeis,
suplicandoos, que me deis
para bolverme, licencia.

Isab. Salir de qualquier empeño
fabeis galante, y ayroso,
aquí no le hay; pues ocioso
es poner tassa à su dueño.
Vos lo sois de aquesta casa,
y yo el descuido sintiera;
pues itos sin verme, fuera
hacer mi fortuna escasa,
que aunque en Doña Juana atento
reparasteis, y cortés,
es muy mi amiga, y no es
visita de cumplimiento.

Ped. Perdonadme vos, señora.

Juana. Vuestra atencion no prosiga:
por vos, por mi, y por mi amiga
soy muy vuestra servidora.

Isab. Sentaos, pues. *Sientase.*

Ped. Pues lo mandais, fuera necia la porfia;
y tambien es grosseria
preguntaros como estais.
Que aunque es usada opinion,
ser siento con las deidades
muy vulgar el cumplimiento,
cortefana la atencion.
Mas dexando aquestas cosas,
si el amor dà su consejo,
què dirà de ver à un viejo
entre damas tan hermosas?

Isab. Si estos son vuestros reparos,
de las dos podeis creer,
que os han de favorecer.

Ped. Permitid, que regalaros
intente; porque diràn,
viendome favorecido,
que viejo, y escaso, han sido
malas partes de galàn.
Mirad, què quereis las dos?
que he de empeñarme esta vez,

y al cabo de mi vejez
he de quedar bien por Dios.

Isab. Galante sois; mas mi hermano:-
Levántase, y salen Don Luis, y D. Juan.

Luis. Perdonad, señor Don Pedro,
que ahora sè que aquí estais.

Ped. Mil años os guarde el Cielo.

Luis. Mandais algo? *Ped.* Dos palabras
à hablaros à parte vengo,
que nos importan à entrambos.

Luis. Dadme licencia, que quiero
llegar à hablar à mi hermana
en cierto negocio, y luego
serè con vos: à esta pieza
vos entra. *Ped.* Allí os espero.

Isab. Cielos! àcia donde està
Don Benito và Don Pedro:
muerta estoy.

*Ponense Don Luis, y Don Juan à hablar à
un lado del tablado con Doña Isabel, y
Doña Juana, y están ellos de espaldas
àcia donde està escondido Don Diego, y
Don Pedro và à entrar à tiempo
que salen al paño Don Diego,
y Moscon.*

Dieg. Si se havrà ido
mi padre; pero què veo!
aquí està.

Ped. Que à esto me obligue;
mas què miro! Diego, *vola*
vos aquí? rabio de enojo:
(ay tan grande atrevimiento!)
quando os mandè, que de casa
no salieseis, desatento
no me obedecéis? *Dieg.* Señor:-

Isab. Con èl diò, valgame el Cielo! *As.*
pero yo lo enmendarè.

Mosc. Dile una mentira presto.

Ped. Què me respondeis?

Dieg. Señor,
en este quarto postrero
de esta casa, sè que vive
un Cavallero Flamenco,
llamado Guillerino Estroci,
para quien yo traygo un pliego
de mucha importancia.

Mosc. Miente.

Dieg.

Dieg. Vine à buscarle, y por yerro, pensando que era su quarto, pude entrarme en este, à tiempo que avifaron que venias, y por saber el precepto que me has puesto, me escondi.

Ped. El no sabe lo que arriesgo, *4p.* si aquí le ven. **Dieg.** Mas si tu me haces espaldas, bien puedo salir por aquesta puerta, que hace al quarto:--

Ped. Acabad presto.

Dieg. De un amigo. **Ped.** Pues salid. *Hacele espaldas Don Pedro à Don Diego, y entranse por la puerta de enmedio en diciendo estos versos que se siguen, y al seguirle se convuelven la cara D. Luis, y buélvese à meter donde estaba.*

Dieg. Aguardar aquí pretendo à que se vaya mi padre.

Ahora se entra.

Mosc. Los rostros acá bolvieron; ya no es posible salir, yo por las costas me quedo.

Ped. Señor Don Luis, pues estais ocupado, yo no quiero estorvar; y así otro dia:--

Luis. Estando aquí, fuera yerro no hablaros.

Isab. Pues Doña Juana, entremonos allá dentro, y te llevaré al jardín.

Ped. Acompañaros pretendo.

Entranse Don Luis, y Don Juan acompañando à Doña Juana, quedase la postrera Doña Isabél, y al entrar dicele à Don Pedro.

Isab. Perdoneme Doña Juana, *4p.* que mi honor es lo primero: Señor Don Pedro, porque no penseis de mi, que puedo ser culpada en este lance; sabed, que este Cavallero, que hallasteis aquí escondido, siendo yo ignorante de ello, es un Don Benito Perez,

que trata su casamiento con Doña Juana mi amiga: esto de paflo os advierto, porque imaginéis de mi, que culpa ninguna tengo.

Entra.

Ped. Cielos, qué escucho! mi hijo Don Benito Perez, siendo casado en Flandes, se casa en Madrid! Hay mas enredos! este mozo ha de matarme; mas disimular pretendo hasta averiguarlo todo.

Salen Don Luis, y Don Juan.

Luis. Ya estamos, señor Don Pedro; solos; y si es que Don Juan os estorva:--

Ped. A lo que vengo, es negocio que no importa, que le oyga este Cavallero. Señor Don Luis, los discursos humanos están sujetos, ò à la inconstante fortuna, ò à lo variable del tiempo: mas de lo posible, nadie puede hacer; esto os advierto, ò bien para la disculpa, ò bien para el sufrimiento. Confieso, que os di palabra, de que fuese mi hijo Diego esposo de vuestra hermana.

Juan. Qué es esto que escucho, Cielos!

Ped. Y que obligado à sus partes, gala, hermosura, ingenio, y virtud, que aquesta es la que mas estima el cuerdo, me empené en esto con vos: bien mirado, pude hacerlo, que à un padre, señor Don Luis, debe, un hijo estar sujeto; pero él, haviendole escrito en diferentes correos, y en avisos, de esta dicha que le aguarda, poco atento, (mas que mucho, si estas canas de su con dición nacieron!) faltando à ser hijo mio, à la obediencia, y respeto,

que

que debe un hijo à su padre,
atrevido, loco, necio,
responde, que su alvedrio
es libre, y que està sirviendo
en Flandes, para adquirir,
por su persona, y sus hechos,
meritos para su casa;
y que aunque està conociendo
esta dicha, que èl es mozo,
y que no se alistan presto
en la campaña de Marte,
las delicias de H'menèo.

Esto siempre ha respondido,
y yo à suplicaros vengo
me perdonéis, si he faltado
à esta palabra; advirtiéndolo,
que ha de quitarme la vida
este mozo, loco, y ciego,
pues ni la razon le obliga,
ni le convence el respeto.
Y creed, señor Don Luis,
que tanto en el alma siento
esta falta, que à tenerle
en Madrid, fuera el primero,
vive Dios, que castigara
tan barbaro atrevimiento.

Juan. Aunque sè que èl ha venido, *ap.*
pues en mi quarto le tengo,
ayudarè aqueste engaño,
que es Doña Isabèl mi dueño,
y puesto que èl no la admite,
à ser yo el dichoso vengo.
Digo, Don Luis, que es así,
en Flandes està sirviendo,
y de allí me lo han escrito.

Luis. Vive Dios, que à conocerlo,
y à estar aquí, yo le diera
à entender, que es desatento
quien buelve el rostro à una dicha,
que no mereció. *Ped.* Teneos,
que aquesta es otra materia.

Luis. Digo, que no es Cavallero
quien obra tan mal.

Ped. Mi hijo

no os oye ahora. *Luis.* Estais viejo,
y à no mitar à esas canas:--

Ped. Aunque nieve os parecieron

congeladas de la sangre,
són rayos, que aborta el pecho;
y vive Dios, que mi hijo
os puede enseñar à serlo.

Juan. Teneos, Don Luis.

Luis. Apartad,
que ha de castigar mi azero
esta arrogancia. *Ped.* Dexadle,
brios reservados tengo
para defender mi honor.

*Riñen, y sale Don Diego por la puerta
de enmedio, y pon-se al lado
de su padre.*

Dieg. Si no me ha engañado el eco,
ruido de espadas:-- què miro!
con mi padre es el empeño:
à vuestro lado, señor:--

Luis. Como os entráis, Cavallero,
de aquesta suerte en mi casa?

Dieg. A ninguno he satisfecho
con el azero en la mano.

Luis. Què miro! viven los Cielos,
que ha de morir.

Juan. Apartad.

Luis. Mirad, que este Cavallero
es el que riñò conmigo
ayer en el Prado Nuevo,
y diò à Fabio aquella herida.

Juan. No hay ajuste?

Luis. No le acepto:
muera à mis iras. *Dieg.* No es facil.

Juan. Ya es diferente este duelo,
pues estamos dos à dos,
y yo con quien vengo, vengo.

*Ponese Don Juan al lado de Don Luis,
riñen los quatro, y assoma Moscon
la cabeza al paño.*

Mosc. Yo salgo à ver esta fiesta.

Dent. 1. Echad la puerta en el suelo:
abran aquí à la Justicia.

Salen Doña Isabèl, y Doña Juana.

Isabèl. Hermano?

Juana. Hermano?

Isab. Teneos,

y advertid, que la Justicia,
al ruido de los azeros,
ha llegado, y à esta puerta

llaman apriessa.

Luis. Pues què haremos?

Juana. Yo lo dirè: pues aqui no ha havido lance, ni empeño de honor, que à ninguno importe, vos con el señor Don Pedro,

A Don Diego.

por essa puerta que cae à mi quarto, podeis salir, sin que nadie os vea.

Luis. Pues vos entraos allà dentro con mi hermana, y con la vuestra, que yo à detenerme quedo la Justicia.

Juan. Bien decís.

Luis. En otra ocasion pretendo vengarme.

Dieg. En qualquiera parte sabré yo satisfaceros.

Mosc. Señores, juego de cañas es ver encerrado aquesto.

Juana. Amor, tu piedad invoco. *vase.*

Isab. Amor, ayuda mi intento. *vase.*

Luis. Yo vengarè mis agravios. *vase.*

Juan. Yo lograrè mis deseos. *vase.*

Ped. Renirè à Diego mi hijo. *vase.*

Dieg. Bien salí de tanto empeño. *vase.*

Mosc. Cielos! pues que yo tambien encerrado aqui me quedo, y no hay remedio à mis ansias, buenas noches, Cavalleros.

JORNADA TERCERA.

Sale Moscén como à obscuras.

Mosc. Despues que se ha recogido la casa, y yo me he quedado à mi pensar encerrado, hablar à Inès no he podido; pues si el tal Don Luis me viera escondido aqui, en rigor, juzgue el piadoso Lector, del modo que me pusiera. Viendo, en fin, ya sossegada la casa, voy à inquirir si hallo por donde salir, como quien no dice nada.

Hago cuenta, que un amigo, muy enojado, y severo, dice: Moscon, ahora quiero entrar à cuentas contigo.

Diga usted: Por què se inclina à servir à un Cavallero, que sabe fer embustero, pues le dexò aqui, es gallina?

Yo respondo: Soy leal, y si mi amo, en conclusion, no me paga la racion, tambien yo le sirvo mal.

Replicòme: Es mal mirado, y de su amo no creyera, que hablàra de essa manera.

Yo respondo: soy criado.

El la colera en un tris, dice arrugando la frente, fois un picaro insolente:

aqui es preciso un mentis.

Miente, digo, que Moscon, fer hombre de bien, es llano, Dios nos libre, alza la mano, y cascame un bofetón.

Yo le digo con tonillo, que à mi furia corresponde:

Hombre, què has hecho? Y responde:

darle foga à esse carrillo.

Saco la sierpe bulda, doy quatro passos atrás; llegome quedito, y zas, tirole la zambullida.

Meten paz, à nadie hablo; uno me ase, màs me irrita:

vèn aqui, por què poquito sucediera una del diablo.

Pero àcia esta parte fuena ruido: à obscuras? bueno vè,

alguna dueña serà, que à estas horas anda en pena.

Sale Inès como à obscuras.

Inès. Pues todos se han recogido, y se ha llegado la hora que Don Juan dixo, yo ahora vengo à saber si ha venido para darle del papel la respuesta mi cuidado,

que

que aunque yo no se le he dado
à mi ama Doña Isabel;
à Don Juan, por mil razones,
engañarle determino,
que èl por aqueste camino
irá escupiéndolo doblones.

Mas ay Dios! quien vâ? quien es?

Tropiezo Moscon.

Mosc. De mil mis passos vãn.

Ines. Quiero llegarle: es Don Juan?

Mosc. Aquesta es la voz de Inès. *ap.*

Ha ingrata! los ademanes
son estos de que me adoras?
tù vestida, y à estas horas
andas buscando Don Juanes?
mas tù me lo pagaràs.

Ines. Es Don Juan? confusa estoy!

Mosc. Fingirè la voz: yo soy. *à ella.*

Ines. Albricias pido.

Mosc. No mas?

què hay, Inès?

Ines. Que mi señora
leyò el papel.

Mosc. Adelante:
hay otra cosa?

Ines. Y constante
me diò à entender, que te adora:
buenas tus fortunas vãn,
que la agradas te prometo.

Mosc. No hace mucho, que en efecto
soy muy discreto, y galàn.

Ines. Don Juan, en mi vida vi
tan cortefano papel.

Mosc. Mucha cosa! la Isabel
perderà el juicio por mi.

Ines. Estoy tan agradecida
à los doblones, señor,
que me diste, que mi amor
perderà por ti la vida.

Mosc. Doblones? si no me engaña
ellos seràn de Moscon:
ciegala tù San Anton;
quàntos te di? caso extraño!

Ines. Veinte y cinco.

Mosc. Accion grossera!
por Dios, que anduve civil;
mas no te dà pena, mil

traygo en esta faltriquera:
rica he de hacerte esta noche,
cien doblones te he de dar.

Ines. El me los dà, no hay que hablar, *ap.*
de aquesta vez ando en coche.

Mosc. Traes los veinte y cinco?

Ines. Si,
aquì en la bolsa los tengo.

Mosc. Pues llenartela prevengo;
damela acà.

Dale Inès la bolsa.

Ines. Vesla ai;
no te empenes, bueno està:
què es esto que por mi passa! *ap.*

Mosc. Calla, Inès, y mete en casa
la dicha que Dios te dà.

Mil escudos no son hartos

à tantas obligaciones;

en lugar de los doblones

la bolsa lleno de quartos: *ap.*

Hicelo assi.

Toma, Inès.

Dale la bolsa à Inès.

Ines. Eres amable;
pero tanto no me des.

Mosc. Señores, que quiera Inès
hacerme à mi miserable!

Ines. Con tanto oro, què he de hacer?

Mosc. Aqueño no te alborote,
guardalo para tu dote,
que yo te he de hacer muger.

Ines. De ti voy muy obligada,

Mosc. Ya nos veremos los dos.

Ines. Pues à Dios, Don Juan. *vase.*

Mosc. A Dios:

usted vâ bien despachada.

Vèn aquí ustedes por què

à veces ha sido buena

la obscuridad, pues me voy

haciendo de oro con ella.

Hà vil Inès, tù doblones

de contravando en mi ausencia!

Solo un escrupulo tengo,

y es, que Inès seis reales lleva

de calderilla en la bolsa,

con que vâ à mi costa llena;

y no sè por Dios, si son

echa.

ochavos los que me dexarás
ahora digo, que es maldita
la obscuridad; quien tuviera
un candil de garavato.

Sale Don Juan como à obscuras.

Juan. Pues ya la noche hace treguas
con el sueño, y à esta hora
Inès dice que me espera,
vengo à saber del papel
del suceso.

Mosc. Paffos, suenan,
ò estoy borracho.

Encuentranse los dos.

Juan. Es Inès?

Mosc. Quien en la calle estuviera?

Juan. No responde?

Mosc. Este es Don Juan,
que buelve por la respuesta;
quiere engañarle en fallere:
yo soy.

A él en tiple.

Juan. Ay, Inès! què nuevas
dàs à mi amor? tu señora
leyó el papel? à mis penas
ofrece alguna esperanza?
acaso es mi muerte cierta,
ò mi vida? habla por Dios.

Mosc. Señor mio, albricias vengan;
la mejor nueva del mundo
te traygo.

Juan. Dila, què esperas?
acaba, Inès.

Mosc. Mi señora,
si no me mienten las señas;
està perdiendo su juicio
por tí.

Juan. Què dices? espera;
esto hace Doña Isabèl?

Mosc. La pobre señora queda
desmayada por tu causa.

Juan. Ines mia, dexa; dexa
que te abrace.

Mosc. No es posible.

Juan. Por què?

Mosc. Porque soy doncella,
y vengo en paños menores.

Juan. Pues toma aquesta cadena.

Dale una cadena.

Mosc. Mira si traes otra cosa.

Juan. Y ahora, Inès, vete apriesa
à socorrer à tu ama,
que yo pagaré esta deuda
alguna dia: à Dios.

Vase Don Juan.

Mosc. Señores,
havrà alguno que esto crea?
yo cadena, yo doblones,
quando esperè que me dieran
cien palos! el buen Don Juan,
què lindo despacho lleva!
yo apuesto, que desde aquí
và el pobre à sacar libreas
para casarse mañana.

Vive Dios, que con la puerta
no encuentro, mejor será
aguardar à que amanezca:
passearme quiero un poquito,
porque el sueño no me venza,
que dicen, que los passeos
hacen las horas pequeñas.
Ahora bien, señor Moscon,
què haremos de esta cadena?
llevarla al contraste? si,
aunque la echura se pierda.
Parece que estoy inquieto;
què poco el rico sosiega!
acabóse; de esta vez
compro casa, y pongo renta.
Pero los rayos del Sol
por esta ventana entran,
que como es Verano, acaso
debd de quedarse abierta;
yo me escuro, pues la luz
me guia, allí està la puerta,
doy con mi cuerpo en la calle.

Al irse sale Doña Isabèl.

Isab. Què poco el sueño sosiega
con un cuidado; mas Cielos,
què miro!

Mosc. Hemosla hecho buena.

Isab. Cielos, no es este criado
de Don Benito? hay mas penas!
què hacéis aquí? hablad.

Mosc. Señora,
ayer tarde en esta pieza

D

mi

mi amo, y yo nos escondimos.

Isab. Ya lo sé.

Mosc. Pues usted sepa, que mi amo pudo salir, y yo me quedé en tinieblas esta noche, por las costas.

Isab. Ay de mí! sacarle es fuerza, porque no le vea mi hermano: idos.

Mosc. Que me place, Reyna: hay mas azáres!

Al irse Moscon sale Don Luis.

Luis. Hermana?

Mosc. A Dios, foltóse la presa.

Isab. Mi hermano: sin alma estoy!

Luis. Mas quien es?

Mosc. Requiem æternam: el manto que traygo, à Inés, me valga aquí.

Isab. Yo estoy muerta!

Luis. No hablais, hidalgo?

Mosc. Señor, aunque el estrañarme es fuerza, yo soy oficial del Sastre de casa.

Isab. Qué bien lo enmienda!

Luis. Y à qué venis?

Mosc. A traer este manto; y por mas señas, es para esta mi señora.

Isab. Si, hermano, yo que viniera le mandè, y es oficial (ayude amor mi cautela) de Juan de Vergara, el Sastre de casa.

Mosc. Anduvo discreta, pues ya se como se llama.

Luis. Si no me mienten las señas, con vos, y con otro hidalgo

anteayer una pendencia en el Prado Nuevo tuve, y vuestros trages, sospechas daban de ser forasteros.

Mosc. Si Don Diego aqui estuviera

el mintiera por entrambos.

Es verdad, que de la guerra vine anteayer; pero antes

fui aprendiz, y mi conciencia

no era para ser Soldado.

Quise bolverme à mi tierra,

y queriendo profesar

Religion mas recoleta,

hice voto de ser Sastre.

Luis. Vos lo pintais de manera, que os creo: dexad el manto,

è idos.

Mosc. Disparate fuera:

no està acabado. Al Don Luis

le he de pescar su moneda,

Juan de Vergara, señor,

me dixo, que te dixerá,

que le embies del dinero

que le debes, algo à cuenta;

porque està muy alcanzado.

Luis. Siempre este hombre me atormenta por dineros: no los tengo.

Mosc. Yo de ninguna manera puedo bolverme sin ellos.

Luis. Canfado sois: hay tal temallevadle esos ocho escudos,

porque ahora estoy de prietas, y decidle, que mañana

puede venir por la resta.

Mosc. Vivas mil años: señores,

què bien engañados quedais

y yo me voy à mi casa

con doblones, y cadenas.

Vase Moscon.

Luis. Hermana, quedate à Dios,

que tengo una diligencia

que hacer.

Isab. Pues Don Luis, no tardes.

Luis. Apriessa darè la buelta.

Vase Don Luis.

Isab. De estraño susto he salido:

à quien suceder pudiera

este lance à muerta estuve.

Sale por la puerta de enmedio

Doña Juana.

Juana. Qué novedad es aquesta?

tù vestida tan temprano?

Isab. Aquello mismo pudiera

preguntarte, amiga, yo.

Juana. Facil será la respuesta;

pues

pues à estas horas à hablarte
me trae, amiga, una pena,
y estoy de ti muy quexosa.

Isab. Quexosa?
Juana. Si: bien te acuerdas
de aquel hombre, que antenoche
libraste, por esta puerta
de mi quarto.

Isab. Aquello hice,
porque Don Luis no le viera.

Juana. Tambien yo tenia esse riesgo,
pues tengo hermano; esta quexa
es la que tengo de ti,
y tu dancarla pudieras,
si quieres hacer por mi,
Isabel, una fineza.

Isab. Qué puedes pedirme tú,
que dificultoso sea
en mi amistad?

Juana. Siempre fuiste
mi amiga muy verdadera.
Sabrás, que à este Cavallero,
de quien hablamos, en deuda
le estoy, desde que en el Prado:
pero esta es larga materia
de contar, y que à ti, amiga,
no te hace al caso el saberla.
Solo digo, que me importa
hablarle, y aunque pudiera
verle en mi casa, ya vés
el peligro à que se empena
mi honor, si le vè mi hermano;
y así, amiga, yo quisiera
fuese en tu jardin, pues tu
nada en este lance arriesgas,
sabiendo las pocas veces
que Don Luis tu hermano entra
en él, y aunque venga acaso,
teniendo una falsa puerta
el jardin, que hace à la calle,
podrá salirse por ella.

Isab. Qué es lo que escucho! tambien
à Doña Juana festeja
Don Benito! de esta suerte
he de apurar mi sospecha.
Amigas somos las dos;
y así, Doña Juana bella,

siarte puedes de mi
es amor el que te fuerza
à hablar à este Cavallero?

Juana. A quien mejor lo dixera,
que à ti? no es sino mostrarme
agradecida, y atenta
à una obligacion: por qué
lo preguntas? *Isab.* No me pesa
de hallarte tan libre el alma;
ha ingrata, quien te creyera,
porque mi hermano te mira:

Juana. Ay, amiga, essas materias
no las tratamos nosotras,
y así responde mi lengua,
que tengo hermano, y que estoy
à su obediencia sujeta;
pero dexando esto à un lado,
qué me respondes?

Isab. Que sea
como gustares, amiga.

Juana. Pues ya, con esta licencia,
voy à escribirle un papel,
en que le diré, que venga
à las diez en punto à hablarme,
y una criada las señas
le dará de tu jardin,
para que errarle no pueda.
Quedate à Dios, que esta noche
vendré à verte.

Vase Doña Juana.

Isab. Norabuena,
de todo quedo avisada.
No es mala ocasion aquesta
de apurar de Don Benito
el engaño: à toda priessa
voy à escribirle un papel,
pues no conoce mi letra,
en nombre de la tapada,
y pues sé, que à las diez quedz
de llamarle Doña Juana,
pondré, que à las ocho venga
para hablar antes con él,
sin que conocirme pueda,
y de esta suerte sabré
en qual de las tres se emplea
su amor; y porque el jardin
no conozca, haré que tenga

una filla prevenida
Inés, y que el venga en ella,
rodeando algunas calles,
porque confuso no sepa:-
Pero mejor el suceso
lo dirá, que yo: cautelas
ayudadme, y hasta tanto
que satisfacerme pueda,
de à qual de las tres se inclina;
denme los Cielos paciencia. *vase.*

Sale Don Diego solo.

Dieg. A quien havrá sucedido
lo que à mi me està passando?
en la casa de Isabel
anoche quedò encerrado
Moscon, y si alli le encuentra,
(ay de mi!) Don Luis su hermano,
sin culpa mia se arriesga
su opinion, y su recato.
Toda la noche en la calle
ha asistido mi cuidado
vigilante, y no ha salido;
y ahora à la calle, entre tanta
que salgo de aqueſtas dudas,
buelvo otra vez à buscarlo.
Amor, pues Doña Isabel
es el dueño, que idolatro,
perdoneme la rapada,
y Doña Juana; oy consagro
à tu piedad este empeño.

Sale Don Ped. Diego?

Dieg. Buen sermon aguardo *ap.*
de mi padre.

Ped. Venid acá,
sabeis quien sois?

Dieg. No he dudado,
señor, que soy vuestro hijo,
y que con esto soy quanto
puedo ser. *Ped.* No lo pareceis;
vive Dios, que no dais passo,
que en descredito no sea
de vuestra opinion, cobrando
fama (con què verguenza
lo digo) de hombre tan vario;
y mentiroso, que sois
la nota, el objeto, el blanco,
y la fabula del Pueblo,

que es un público theatro
del hombre, donde en balanza
igual se representaron
del sugeto de los hombres,
la calumnia, ò el aplauso.
Vos os llamais Don Benito
Perez, y siendo casado
en Flandes con Doña Luisa
de Mendoza, estais tratando
de casaros en Madrid?
estilo tan torpe, y baxo
no os lo enseñò vuestra sangre:
dos veces quereis casaros
sin enviudar? yo presumo,
Diego, que ni sois Christiano,
ni Cavallero,

Dieg. Què escucho! *ap.*
vive Dios, que aquel borracho
de Moscon, aquel infame,
à mi padre le ha contado
mis sucesos. *Ped.* Declaradme,
antes que sea este caso
de Inquisicion, lo que en esto
hubiere.

Dieg. Por Dios, què extraño,
señor, de vuestra prudencia,
que le deis credito à tantos
embustes: yo Don Benito
Perez? yo en Madrid me caso?
Jesus, què necias quimeras!

Ped. Quando todo fuese engaño,
(bien pudo ser que Isabel,
por su honor, y su recato
lo fingiese) por lo menos,
quando os encontrè encerrado
en casa de aquella dama,
fue mentira el disculparos,
con decir, que alli os entraſteis
por yerro, buscando acaso
à un Cavallero Flamenco?
pues de todo me he informado;
y sè, que ninguno vive
en ella.

Dieg. Aqueſso està llano,
porque Don Guillermo Estroci
ha poco que se ha mudado
al barrio de la Merced,

y ayer le di los despachos, que de Flandes le he traído, por mas señas, que à tu quarto se entra por un corredor, pasando primero el patio, y una escalera, que tiene un esconce à aquesta mano.

Ped. Vos lo pintais de manera, que os lo creo.

Sale un criado.

Criad. Don Fernando de Andrada, tu grande amigo, te està en el coche esperando.

Ped. Yo le avisè, que esta tarde viniesse à llevarme al Prado: ahora bien, Diego, de vos, siendo, como sois, casado, ruindad ninguna he temido, y que enmendareis aguardo la otra faltilla; mas esto se ha de tratar mas despacio: ni quedaos con Dios.

Dieg. Vive el Cielo, que ha de pagarme este enfado el vergante de Moscon.

Sale Moscon.

Mosc. Gracias à Dios, que te hallo, señor mío.

Dieg. Pues infame, despues que me ocasionaron tus embutes, con mi padre un disgusto tan pesado, te pones en mi presencia? vive Dios:

Mosc. Detèn la mano.

Dieg. Picaro, chifmoso:

Mosc. Ay tal!

yo à tu padre?

Dieg. Si, villano.

Mosc. Por no perder la costumbre de mentir, me ha levantado un testimonio.

Dieg. Agradece, picaro, que no te mato.

Mosc. El està loco.

Dieg. A esta dama:

Sale Inès tapada con un papel.

Mosc. Ya le ha venido à mi amor lo que ha menester.

Dieg. A quien buskais, dama bella?

Mosc. Andallo, mas que la enamora à tiento?

descubrid la fiz, sepamos, que moneda corre dentro del talego de esse manto.

Dieg. Quitá, necio: descubrios, que hacer prisionero el garzo, y el donayre, es tirania; si no es que en esse nublado disfrazais piadosa al Sol, por no cegar con sus rayos.

Mosc. Si fuesse alguna buscona, està muy bien empleado el concepto; mas que es esto?

Sale Luisa por otra parte tapada, y con otro papel, cogen entre las dos à Don

Diego en medio.

à pares vienen los diablos

à tentar à mi Don Diego?

èl tiene ripio à la mano.

A quien digo? Reynas mias,

no responden? si son trasgos,

con guarda infante? son mudas?

Hacen seña que si.

Si? pues vayanse al estanco

del soliman: mas pregunto,

buscanme à mi, ò à mi amor?

Hacen señas, que à Don Diego.

Dieg. A mi decis? que mandais?

aunque el misterio no alcanzo

de tanto silencio, dos

Danle las dos dos papeles à Don Diego;

hacen una reverencia,

y vanse.

papeles me dais cerrados,

y os vais sin llevar respuesta?

oid, esperad.

Mosc. Volaron,

vive Christo, que son brujas:

abre, y lee.

Dieg. Leo, y abro,

Lee D. Diego. Si fiais de mi obligacion

mi agradecimiento, al anocheecer os es-

pera

para una silla en la puerta de la Encarnacion, donde, porque importa mi recato, os llevarán à parte que yo salga de este empeño, y vos cobreis la memoria perdida.

La tapada del Prado Nuevo.

Mosc. Qué pienas hacer?

Dieg. Moscon, acudir al señalado puesto, y servir à esta dama.

Mosc. Y si aqueste fuesse engaño?

Dieg. En mi valor fuera injuria mirar en rezelos vanos.

Mosc. Sabes quien es la tapada?

Dieg. Doña Isabel me ha contado, que se llama Doña Juana de Roxis.

Mosc. Vamos al caso, abre el segundo papel, y lo que dice veamos.

Lee D. Diego. Por escusar à mi hermano una sospecha, no os suplico me veais en mi casa; en la de una amiga espera mi quexa tomar satisfaccion de vuestro olvido, y para esto os buscarà una criada à las diez en la fuente de Leganitos.

Mosc. No firmò?

Dieg. No.

Mosc. Quien sería esta dama?

Dieg. Ya he pensado, que es, segun dicen las señas, Doña Juana de Avendaño.

Mosc. Pienas ir à verla?

Dieg. Si, que en esto no hay embarazo, siendo distintas las horas.

Mosc. Y Doña Isabel?

Dieg. Es llana, que la adoro.

Mosc. Pues Don Diego, como empenas tu cuidado en tantas partes?

Dieg. Moscon, ya en esta ocasion no hallo como escusarme, y en ella

à Doña Isabel no agravio, pues sin intencion la ofendo.

Mosc. Aunque me lo diga un Santo, no lo he de creer de ti.

Dieg. Discurre como hombre baxo, que en este duelo de amor, quando me siento obligado de dos mugeres tan nobles, del pundonor fuera agravio negarme à lo agradecido, faltando à lo cortésano; y así, perdona Isabel, porque en esta accion no hallo, que dexé de ser amante, por dexar de ser ingrato.

Salen Doña Isabel, e Inés.

Inés. Esto que digo ha pasado: dile, señora, el papel, y linda respuesta de él, como tú me lo has mandado, sin ser conocida, vengo volando.

Isab. Aquesto importò à mi decoro, pues yo de aquesta suerte prevengo, traerle aqui recatado, para averiguar así,

Inés. Si me quiere à mí, ò à la tapada del Prado; pues aunque una misma he sido, permiten, Inés, los Cielos, que yo de mí tenga celos.

Inés. Ya todo està prevenido; la silla en la Encarnacion queda aguardando, y la puerta està del jardin abierta.

Isab. Fue cuerda resolucion, que no sepa donde viene, y entienda, que le ha llamado la tapada, que en el Prado le habló.

Inés. Muy bien lo previene tu industria; pero yo infiero, que ocultarlo es gran delito; señora, que el Don Benito es grandísimo embustero; porque otro papel le dió

Enfa, quando yo llegué,
y aunque disfrazada fue,
pude conocerla.

Isab. Yo, todo lo he trazado, à fin
de averiguar mis desvelos,
sus engaños, y mis zelos.

Inés. Ya quedas en el jardín;
Dios te dè muy buena mano,
y con bien à tu hermosura
saque de aquesta aventura.

Isab. Retirate, y si mi hermano
viniere:-

Inés. Ya te he entendido,
vendre volando à avisarte.

*Ponen à la puerta avocada una filla de
manos, y dentro ha de estar Don Die-
go, y dicen dentro dos mozos, à
de filla.*

1. Domingo, en aquesta parte,
segun nos han prevenido,
hemos de dexar la filla.

2. Quita los palos.

1. Ya lo hago.

2. Y vamos à echar un trago
à la hermita de Juanilla.

Sale Moscon rebocado.

Mosé. Siguiendo vengo à mi amor,
para ver en lo que paran
estos sucessos: parece,
si la noche no me engaña,
que este es de Doña Isabèl
el jardín; su puerta falsa
es esta, ò yo estoy borracho.

*Arrimase Moscon à un lado, y sale
de la filla Don Diego.*

Dieg. Aquí sin duda me aguarda
la tapada, y por las señas
de las flores, y las ramas,
que apenas la noche obscura
dispensa entre sombras pardas,
este es jardín.

Isab. Ya ha venido:
amor, tu industria me valga.
Sois Don Benito?

Dieg. Si soy; y porque un error no haga

grossero el afecto mio,
decid si sois la tapada
del Prado.

Isab. Hablad sin rezelo,
la misma soy.

Dieg. Nunca el alma
pudo engañar mis sentidos.

Isab. Teneisme tan olvidada,
(singirè la voz) que dudo,
aun siendo yo la que os llama,
que hayais acertado à verme.

Dieg. Solo puede mi ignorancia
disculpar este descuido;
pues si no sè vuestra casa,
ni quien sois, aunque os adoro,
còmo pudieron mis ansias
solicitar me essa dicha?

Isab. Luego me queréis?

Dieg. El Alba
no es tan amante del Sol,
y menos enamorada
la Clie vive en sus rayos,
y muere, que mi esperanza
para amarnos.

Isab. Deteneos,
y esos requiebros de nacar,
que sin alma las pronuncia
el ayre de las palabras,
à Doña Isabèl Pacheco
guardad, que deidad tan rara,
à ingratos, no ha merecido
correspondencias tan falsas.

Dieg. Què escucho! viven los Cielos;
que sabe quanto me passa
con Isabèl: què decis?
hay quimera mas estña!
yo à Doña Isabèl Pacheco
galanteo? aquesta dama
jamás la he visto, ni hablado,
y esta vez sola juràra,
que oí su nombre.

Isab. Que nunca
la haveis visto?

Dieg. Cosa es llana,
que nunca la vi, ni hablè
en mi vida.

Isab. Pues no falta

quien

quien diga, que cierta noche
por su jardin, y su casa
os librò de la Justicia.

Dieg. Esto està peor que estava, *ap.*
todo lo sabe: señora:

Sale Doña Juana.

Juana. Aquì me trae mi esperanza;
por ver si viene Don Diego.

Isab. Pasos ciento; entre essas ramas
os retirad, mientras voy
à averiguar si son falsas
estas noticias.

Apartase un poco Don Diego, y Doña
Isabel llega donde està Doña Juana,

os ve, y encuentranse.
Juana. Amiga Doña Isabel?

Isab. Doña Juana,
ya vino aquel Cavallero,
llegà à hablarle, confiada
en mi amistad.

Juana. Pues amiga,
porque os mas decente vaya,
que la ocasion, y la noche
son del pundonor contrarias,
tu has de acompañarme.

Isab. Yo irè como tu criada;
irè como tu criada;
esto es lo que yo deseo,
porque averiguen mis ansias
estos engaños.

Llegase Doña Juana à Don Diego, y Doña
Isabel detrás de Doña Juana.

Dieg. Ya buelvo.

Juana. Nunca creí, que llegara
vuestro olvido à esta fineza.

Dieg. Siempre, hermosa Doña Juana,
(así me dixo Isabel,
que se llama la tapada)
os mereció mi cuidado,
que diefeis credito à tantas
ansias, como desde el punto
que os vi, ha padecido el alma.

Juana. Ay hombre mas embustero!
à un tiempo quieres tres damas?
corrida estoy de quererte.
Há traydor!

Sale Don Luis, y Don Juan.

Juan. Con vuestra hermana
està Doña Juana, y vengo
por ser ya tarde, à llevarla.

Luis. Que estaban en el jardin
me dixerón las criadas.

Juana. Yo estoy de vos satisfecha;

A Don Diego.
mis sospechas fueron vanas,
y agradecida conozeo
vuestras finezas hidalgas.

Dieg. Bien os merece mi amor,
En voz alta.

señora, essa confianza.

Luis. Qué escucho!

Dieg. Y rendido, y ciego,
mi vida ofrezco à essas plantas.

Luis. Va hombre està en el jardin,
à qué aguarda mi venganza?

Sacan las espadas Don Luis, y
Don Juan.

Quien và?

Juan. Quiénes? al
Las dos. Ay de mí!

mi hermano.

Mosé. Santa Susana!
el diablo me hizo curioso;

pero esta silla me valga.

Isab. Fuerte lance!

Juana. Grave empeño!

Luis. No responde?

Dieg. Mis palabras
Kinén à tientos:

son de azero.

Las mugeres han de estàr detrás de Don
Diego, y Doña Isabel và llevando
à Don Diego à la puerta
del jardin.

Isab. Cavallero,
si antes que todo es la dama;
procurad ganar la puerta,
y vuestro amparo me valga,
que es mi hermano, el que procura
con mi muerte su venganza.

Dieg. Seguidme las dos.

Isab. Ay Cielos!

Dieg. Aquesta es la puerta, entrámbas
venid conmigo.

Echa

*Echalar delante por la puerta del jardin,
y dice Don Diego desde el paño.*

Ninguno,
con malicia, ò ignorancia,
podrá decir de mi brio,
que buelve al riesgo la espalda,
quando me llama el empeño
de un honor, y de una dama.

*Vase con ellas por la puerta del jardin, y
Don Luis, y Don Juan se encuentran riñen-
do, á tiempo que sale un criado con
una bicha.*

Los dos. Muere a mis manos.

Criado. ¿Que es esto? *ap.*

Luis. Ha fiera! ha traidora! ha falfa!
Don Juan, no vistes un hombre,
que en este sitio (mis ansias
apenas hablar me dexan)
estaba ahora?

Juan. Ha traidora
de mi honor! hablemos claro,
igual es nuestra desgracia:
Don Luis, aquí estaba un hombre,
y también nuestras hermanas
estaban en el jardin;
una ha de ser la venganza,
puesto que es una la ofensa.

Luis. Bien decís, no quede rama
que ahora; mas vive el Cielo,
que abierta la puerta falfa
está del jardin, y el hombre
no parece: ha vil hermana!

Juan. Aquí una filla de manos!
misterios son, que no alcanza
mi cuidado.

Luis. Ved si en ella
hay alguno, que de tantas
dudas nos saque.

*Abre la filla Don Juan, y descubrese
Moscon rebozado.*

Mosc. Señores,
descubrióse la maraña.

Luis. Quién va?

Juan. Quién es?

Mosc. Señor mío,
soy un pobre, que llevaba n
al Hospital, y esta filla

es del Refugio.

Juan. De chanza
responde; viven los Cielos:-
Vale á dar, y descubrese Moscon.

Luis. Detened, Don Juan la espada:
no es el Saltre:-

Mosc. Soy un puerco.

Luis. Que traxo esta mañana
el manto á Doña Isabel?

Mosc. Faltaba en él una cama.

Luis. No temais.

Mosc. Y por estár
enfermo de mal de hijada,
le vengo á traer en silla.

Luis. En silla?

Mosc. Sí, que en albarda
fuera venir indecente,
señor mío, á vuestra casa.

Juan. Don Luis, (perdone mi amor)
aunque os encubrí por causas
que importaron, que Don Diego
de Luna en Madrid estaba;
sabed, que es el Cavallero
de la pendencia pasada,
y aqueste hombre es su criado.

Mosc. Arrojóse con la carga:
pobre Moscon.

Luis. Pues infame,
cómo atrevido me engañas,
con enredos, y quimeras?

Mosc. Eso de mentir, es maña,
que en la escuela de mi amo
lo aprenderá una calandria.

Luis. Tu has de decir quanto sabes.
Saca la espada.

de este lance, ò esta espada
te hará hablar por muchas bocas.

Mosc. Esta cortesía basta
para obligarme: mi amo:-

Luis. Acaba, dilo.

Mosc. Se llama
Don Diego de Luna, aunque
le confirmó una rapada
en el Prado, habrá tres dias,
y es Don Benito su gracia.
Item, venimos de Flandes
los dos, por una impensada

desgracia, que allà tuvimos.
Item, entrambos, sin rassa,
mentimos, y enamoramos.
Item, Don Diego dilata
el casarle, porque tiene
desde que llegó, tres damas
en cierne; y de todas tres
es Doña Isabel tu hermana
la Sultana.

Luis. Calla, aleve,
no pronuncies tal infamia
contra mi honor: vive el Cielo,
que he de lavar esta mancha
con la sangre fermentida
de Don Diego, y que su casa
ha de bolver en ceniza
este incendio que me abrasa:
seguidme, Don Juan.

Juan. Amigo,
à todo trance mi espada
hallareis à vuestro lado:
què mucho, quando me llaman *ap.*
zelos, y honor?

Luis. Tu, villano,
porque à dar cuenta no vayas
del luesso, ven conmigo:
camina, infame.

Mosc. El me agarra:
corchetico es el Don Luis?

Juan. Honor, tu industria me valga,
para que en las aras tuyas
sacrifique mi venganza.

*Vanse llevando, agarrado à Moscon, y
salen Don Diego, Doña Isabel, y
Doña Juana como à obscuras.*

Dieg. Ya estais en parte, señora,
donde asegurar podeis
del rezelo que teneis.
Sossagad un poco ahora
el suso, puesto que ha sido
el lance tan importuno,
tal mi fuerre, que ninguno
hasta aquí nos ha seguido.
En mi casa estais, creed,
que os defenderà mi espada,
à vos, y à vuestra criada.

Isab. Yo agradezco esta merced,

y mi temor satisfecho
de ver vuestras atenciones,
libra mis obligaciones
al valor de vuestro pecho.
Mas soy de lo que pensais;
y pues no me conoceis,
ni aun mi nombre no sabreis.

Dieg. Por Dios, que engañada estais.

Isab. Vos sabéis mi nombre?

Dieg. Si:

salid vuestra industria vana,
sè que os llomais Doña Juana.

Juana. Aquesto dice por mi: *ap.*
no hay que dudar, el me adora,
bien lo explica su cuidado.

Dieg. Pero una luz he mirado,
que acia aqui viene: señora,
en aqueffa pieza luego
os entrad, que no quisiera
que nadie de casa os viera.

Isab. Bien decís.

Dieg. Pues entraos.

*Escondelas à las dos, y salen Don Pedro;
y un criado con una luz.*

Ped. Diego?

Dieg. Señor?

Ped. En iras me abraço: *ap.*
què haceis aqui?

Dieg. Ahora vengo,
y hallè este quarto sin luz.

Ped. Ya no basta el sufrimiento:
venid acà, vos casado

sois en Flandes? es bien hecho

engañar à vuestro padre?

vive Dios, por embustero,
mentiroso, vil, è indigno
de la sangre que os dió el Cielo;
que os he de quitar la vida.

Dieg. Quien os dixo (yo estoy muerto!)
que no soy casado?

Ped. Yo,

infame, que ahora vengo,
(ciego de colera estoy)

de hablar con un Cavallero

amigo mio, y que estuvo

con vos en Flandes à un tiempo,

el qual (ay de mi!) me ha dicho,

que

que es mentira, y embelecó
quanto decís, à quien yo
pregunté advertido, y cuerdo;
si conoció à Doña Luisa
de Mendoza, ò por lo menos,
à Don Fernando su padre;
y èl admirado, y suspenso,
me respondió, que era engaño;
y que os venisteis huyendo
por una muerte de Flandes.

Dieg. Esto no tiene remedio;
cogíome todos los pasos,
y pues finezas le debo
à la tapada, y està
por mi culpa en este empeño,
y es rica, y noble, pagarle
esta obligacion pretendo,
dandola mano de esposo;
decirle à mi padre quiero,
que ella es la dama de Flandes.

Ped. Estàs pensando otro enredo,
que decirme? pues no es facil,
que os lo crea.

Dieg. Antes me quexo
de vos, porque à vuestro hijo
tengais en tan mal concepto;
còmo en Flandes ha de estàr
mi esposa, si ahora vengo
de recibirla, y llegò
en aqueste instante mesmo?

Ped. Doña Luisa?

Dieg. Si señor.

Ped. Dònde està?

Dieg. En este aposento.

Ped. Y esso es verdad?

Dieg. Quièn lo duda?

Ped. Pues llamadla: el juicio pierdo!

Dieg. Bien podeis salir, señora.

Salen Doña Isabel, y Doña Juana.

Aquí està; pero què veol

Repara en ellas.

Doña Isabel es por cierto,
y Doña Juana; esto es hecho:
muerto estoy!

Isab. Què es lo que miro! *ap.*
en esta casa mi suegro!

Ped. Seais, señoras: què miro!

muda estatua soy de hielo!
adonde està Doña Luisa?

A Don Diego.

Dieg. Señor:

Ped. Mas aquí pretendo

disfimilar: advertid,
hijo, que es engaño el vuestro,
porque esta dama que vèis,
es Doña Isabel Pacheco,
la que ha de fer vuestra esposa.

Juana. Hay mucho que hacer en esso;
porque primero soy yo,
y à mi me quiere Don Diego.

Isab. Albricias, amor: què escucho!
este es el novio que espero!

Dieg. Doña Isabel, Cielos, era
la que me daban por dueño!

Isab. Amiga, cansaste en vano.

Juana. Còmo en vano? bueno es esso.

Ped. Entendámonos, señoras.

Dent. Juan. Echad la puerta en el suelo.

Salen Don Luis, Don Juan, y Moñon,
y sacan los dos las espadas.

Mas què miro! ha vil hermana!
oy satisfacer intento
con tu sangre aqueste agravio.

Luis. Muere, tyrana.

Las dos. Què veo!

mi hermano.

Los dos. Mueran.

Dieg. No es facil,

Ríen.

que yo soy quien las defiende.

Ped. Esperad, señor Don Luis,
que para todo havrà medio.

Juan. Para quedar bien los dos,
por imposible lo tengo.

Ped. Señor Don Luis, escuchadme:
como advertido, y atento
dè à vuestra hermana la mano
de esposo, tendrà este duelo
fin?

Luis. En esso poneis duda?

Ped. Pues hijo, dale al momento
la mano à Doña Isabel.

Dieg. Eso es lo que yo deseo:
tu esclavo soy, dueño mio.

Juan. Esperad, señor Don Diego;

por-

porque antes que se la deis
vengar mi agravio pretendo.
Vos me sacateis de casa
à mi hermana, y desatento;
faltando à la ley de amigo,
me ofendeis; y en este empeño,
ayroso queda Don Luis,
y yo desayrado quedo:
y así, à mi hermana le dad
la mano aquí, ò de no hacerlo,
os responderà el valor
con la lengua del azero.

Dieg. Señor Don Juan, escuchadme:
vuestro amigo verdadero
fui siempre, y os aseguro,
que culpa ninguna tengo
en que estè aquí vuestra hermana;
y estoy por Dios tan suspenso
de hallarla aquí, como vos,
pues sin culpa mía:- *Isab.* Esto
à mi el decirlo me toca:
Yo hablè esta noche à Don Diego,
en nombre de una tapada;

pero despues el suceso
labreis de espacio; mi amiga
no ha tenido culpa en esto,
porque estando en el jardín
entrasteis los dos, à tiempo,
que conmigo Doña Juana
en èl estaba, y temiendo
las dos vuestra indignacion:-

Luis. No digas más, ya hallè medio
para quedar bien los dos.

Juan. Pues cómo es posible?

Luis. Siendo
yo esposo de vuestra hermana,
que pues yo estoy satisfecho,
vos tambien podeis estarlo.

Juana. Esto no tiene remedio,
mi amor muera; y mi honor viva.

Juan. Yo soy el dichoso, ya
solo de mi honor me acuerdo.

Mosc. Y aquí la Comedia acaba,
cuyo título à Don Diego
le vino bien, pues que supo

Mentir, y mudarse à un tiempo.

E I N.

Hallaràse esta Comedia, y otras de diferentes Titu-
los en Madrid en la Imprenta de Antonio Sanz,
en la Plazuela de la calle de la Paz.

Año de 1746.